

Apuntes sobre

La MisiÓn

MISIÓN Y ESPERANZA:
reflexión en tiempos de crisis

Cuaderno número 10

COREMAG
Comisión de Reflexión de la Misión Ad Gentes

Apuntes sobre la Misión

MISIÓN Y ESPERANZA,
REFLEXIÓN EN TIEMPOS DE CRISIS

Apuntes sobre la Misión
Misión y Esperanza: reflexión en tiempos de crisis
Cuaderno número 10



El Papa Francisco saluda a los asistentes a la primera audiencia general con fieles en el patio de san Dámaso, tras seis meses debido a la pandemia del coronavirus (Foto: Fabio Frustaci/EFE, 12 de mayo del 2021).

P. Eugenio Zacarías Romo Romo, mg
Superior General

Comisión de Reflexión de la Misión *Ad Gentes*
P. José Guadalupe Martínez Rea, mg (Coordinador)
Hna. Ewa Rudzka, SSpS (Secretaria)
P. Raúl Nava Trujillo, mg
P. Óscar Mario Romero Becerra, mg
P. Javier González Martínez, mg
P. Marco A. Navarro Loreto, mg
Dr. Ramiro Alfonso Gómez Arzapalo Dorantes

Corrección de estilo y edición
Cynthia F. García García
Diseño y formación editorial
Enrique Ascencio Salgado

Impreso y hecho en México
El tiraje consta de 500 ejemplares
Ciudad de México, noviembre 2021

ISBN: 978-607-7865-12-4
Misioneros de Guadalupe, ar
Cantera 29, Col. Tlalpan
Alcaldía Tlalpan, CP 14000
Ciudad de México
Tel. 55 5655 2691
www.misionerosdeguadalupe.org

Apuntes sobre la Misión

Misión y Esperanza: reflexión en tiempos de crisis

Cuaderno número 10

ÍNDICE

Estimado lector, con un corazón agradecido y renovado, presentamos a ustedes este cuaderno 10 de "Apuntes sobre la Misión" elaborado por la Comisión de Reflexión de la Misión *Ad Gentes* (COREMAG). Esta publicación número 10 surge en un contexto muy particular para la comisión, por lo que es pertinente hacer mención y situar a nuestros interlocutores en la dirección que pretende proyectar.

En diciembre de 2020, Misioneros de Guadalupe celebró su XI Capítulo General, como cada seis años; este evento es una oportunidad del Instituto para evaluar nuestro caminar y en la esperanza, reavivar nuestra vocación misionera *ad gentes,* para responder a los desafíos del mundo hoy, presentando el proyecto del Evangelio de Cristo como la opción misionera que es capaz de transformarlo todo. Las conclusiones capitulares se trazan como la guía que marca el rumbo de nuestro Instituto misionero en los años venideros, con la conciencia de que nos situamos en "un tiempo de profundos cambios sociales, económicos y políticos, de inquietantes problemas de salud, ambientales, éticos y conflictos de diversos tipos, los cuales, sin duda, constituyen un reto para la Iglesia hoy", por ello, las conclusiones capitulares "representan el aliciente, los nuevos bríos de Pentecostés que hacen de cada Misionero de Guadalupe un hombre de esperanza, puesto en diálogo para los tiempos actuales y tejiendo redes de respeto y fraternidad (cfr. LS 201)".[1]

Bajo este referente, es importante destacar que el XI Capítulo General ha puntualizado dos recomendaciones de las 28 conclusiones capitulares que atañen directamente al compromiso de la COREMAG y que por ende permearán en su plan de vida para ser una garante de su contribución reflexiva del ser y quehacer misionero en el mundo de hoy, siendo estas recomendaciones las siguientes:

"Que el Superior General y su Consejo, a través de la Dirección de Evangelización y la COREMAG, partiendo de una perspectiva integral de la Misión, implemente estrategias de evangelización adecuadas a las exigencias del mundo de hoy. (Conclusión 8, XI Capítulo General)".

[1] Presentación, *Conclusiones del XI Capítulo General*, p. VII.

"Que el Superior General y su Consejo, a través de la Dirección de Evangelización y la COREMAG, sistematice nuestro quehacer evangelizador desde la metodología misionera *inter gentes,* para tener una mayor incidencia en todos los compromisos institucionales (Conclusión 9, XI Capítulo)".

Para la concretización de estas conclusiones, el Superior General de los Misioneros de Guadalupe y su Consejo estableció, a partir de junio de 2020, que la COREMAG será coordinada y ubicada estructuralmente bajo la Dirección de Evangelización. Esta dirección tiene como objetivo ser "el organismo de reflexión y asesoramiento del Instituto, que, partiendo desde una perspectiva integral y comprensión holística de la Misión, tiene como finalidad acompañar, articular, sistematizar e impulsar los procesos y estrategias de evangelización, para responder adecuadamente a las exigencias del mundo actual" (cfr. Estatutos Dirección de Evangelización 1.1). Bajo esta línea, la COREMAG será la entidad que, desde su naturaleza y actividades concretas, iluminará y acompañará el proceso que la Dirección estipule para los asuntos relevantes de la misión, de tal manera que lleve a cabo el objetivo de estudiar y ofrecer puntos y líneas de reflexión sobre el proceso y práctica evangelizadora del Instituto, para favorecer la revitalización del espíritu misionero (cfr. Estatutos COREMAG 1.1).

En este contexto, como Director de Evangelización y coordinador de la COREMAG, encomiendo esta obra que por bien ha tomado su rumbo desde sus orígenes para el beneficio del ejercicio de la actividad misionera. Agradezco a todos las personas que han contribuido como miembros de la comisión desde sus inicios: P. Sergio César Espinosa G., MG; P. Juan José Corona López, MG; P. José Enrique Hernández Torres, MG; P. Antonio de Jesús Mascorro Tristán, MG; P. Alejandro Méndez Pérez, MG, y la Lic. Laura Leticia Marrufo Fang. Agradezco también al equipo de producción y diseño editorial de los Misioneros de Guadalupe, así como al equipo de difusión de la UIC.

Aprovecho esta oportunidad para presentar al nuevo equipo que conforma la COREMAG bajo la nueva estructura que se ha expuesto:

1. P. José Guadalupe Martínez Rea, MG (Coordinador)
2. Hna. Ewa Rudzca, SSps (Secretaria)
3. P. Raúl Nava Trujillo, MG
4. Dr. Ramiro Alfonso Gómez Arzapalo Dorantes

5. P. Javier González Martínez, MG
6. P. Óscar Mario Romero Becerra, MG

Con este panorama, me es grato presentar el cuaderno 10, que lleva por título “Misión y Esperanza: reflexión en tiempos de crisis”. Los artículos que comprenden esta publicación están clasificados en dos partes; las primeras reflexiones nos ofrecen una visión global del tema de la esperanza en medio de la crisis que ha sacudido la humanidad y despojado un sentido de vida considerado “normal” dentro de nuestras sociedades y ritmos de *status quo*. El Dr. Luis Fernando Botero Villegas, el Mtro. Alejandro Gabriel Emiliano Flores y el P. Ernesto Mejía Mejía, CMF, nos plantean, no con optimismos vacíos, el sentido de la esperanza como una contribución cristiana para el mundo abatido por la crisis de la pandemia por Covid-19, nos hacen conciencia del paso de Dios en medio de la historia humana que nos ha tocado vivir, con la certeza de que el Dios resucitado de la Pascua nos reencuentra y nos envía a la nueva misión de la esperanza para la humanidad. En la segunda parte de esta publicación, los padres Misioneros de Guadalupe: Arturo de la Torre Guerrero, Ignacio Martínez Báez y José Roberto Cruz Pérez, nos comparten sus testimonios de la misión en clave de esperanza en los países de Hong Kong, Japón y Mozambique respectivamente. Sus reflexiones parten de su compromiso filial a la misión de la que han sido enviados para ser testigos del mensaje de Cristo, que los impulsa a abrir nuevos caminos en medio del contexto de la incertidumbre, llevando consigo los signos claros de la presencia del reino de Dios que no son otros más que la solidaridad, el amor, la justicia y la paz entre los seres humanos.

Al hacer lectura de estas páginas, tengamos presente la exhortación que el Papa Francisco hace a toda la Iglesia cuando dice que “en el contexto actual urgen misioneros de esperanza que, ungidos por el Señor, sean capaces de recordar proféticamente que nadie se salva por sí solo” (mensaje del Papa Francisco en la 95ª Jornada Mundial de las Misiones, octubre de 2021).

P. José Guadalupe Martínez Rea, MG
Director de Evangelización
y Coordinador de la COREMAG

ENTRE LA TRIBULACIÓN Y LA UTOPÍA

Reflexiones para pensar la pandemia y la pospandemia

Dr. Luis Fernando Botero Villegas*

I

Como sucede con las grandes catástrofes, nadie estaba preparado para aquello que, a nivel mundial, se desató con la aparición del coronavirus. Todos los países, todas las instituciones, todas las poblaciones, se vieron perplejas y sin saber qué hacer frente a este reto que superaba en mucho los anteriores producidos por otras pandemias. Lo del coronavirus fue algo que no esperábamos, y menos en el siglo XXI, con todo su desarrollo económico y su potencial tecnológico. Pensábamos que la muerte sólo seguiría siendo el producto de la violencia institucionalizada, de las guerras de baja y alta intensidad, de la intolerancia, del hambre en muchos países empobrecidos por el capital y su estrategia globalizadora, y de los precarios sistemas de salud privatizados en muchos países. Ya nos habíamos "acostumbrado" a todo eso en los noticieros sesgados y en las páginas de la prensa "libre e independiente" al lado de la farándula y de los chismes del *jet-set*.

Tardamos mucho tiempo en establecer no sólo qué era lo que estaba sucediendo, sino también, en conocer la causa. Fuimos testigos de aquella carrera por tratar de salirle al paso a este agente letal que aumentaba día con día las estadísticas de contagiados y de fallecidos. Las

* Diócesis de Riobamba, Ecuador. Realizó estudios de Filosofía y Teología en la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia) y en el Centro de Formación Teológica (Riobamba). Asimismo, cursó estudios de Antropología en la Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia), Licenciatura en Ciencias Humanas y Religiosas con especialidad en Antropología Aplicada (Universidad Técnica Particular de Loja, Ecuador), Maestría en Antropología (FLACSO-Sede Quito, Ecuador), Doctorado en Antropología Social (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-CIESAS Occidente, Guadalajara, México). Estancia de posdoctorado 1999-2000 (CIESAS-Occidente, Guadalajara, México). Responsable del Departamento de Formación y Cultura (Diócesis de Riobamba, Ecuador). Director de la Escuela de Teología y Pastoral (Diócesis de Riobamba, Ecuador). Asesor de proyectos educativos y culturales.

restricciones, las llamadas de atención y de alerta, no fueron suficientes. El contagio, las muertes, la incertidumbre, así como la desesperanza, continuaron siendo, no tanto los nuevos huéspedes de la humanidad, pero sí los más atemorizantes. Algunas personas asumieron la contingencia de acuerdo con lo que las autoridades a nivel mundial y local establecían como la mejor manera de hacer frente a esta situación. Eso, hasta que llegara en algún momento la vacuna o las vacunas que pudieran presentarse como la solución a semejante desafío.

Todo el planeta, durante la emergencia ocasionada por este virus, ha experimentado cambios muy severos, tanto en conductas como en valores, para bien o para mal. Transcurrirá mucho tiempo, después de que se haya establecido el fin de esta emergencia, antes de que sepamos lo que realmente ocurrió.

Se ha escrito mucho desde diversas disciplinas y desde posturas irresponsables e insidiosas acerca de la pandemia. Escritos esclarecedores, de esperanza, de construir a pesar de todo, de continuar confiando en las personas y en seguir haciendo proyectos para el futuro, pero, asimismo, las llamadas redes sociales, con la ambigüedad en cuanto a la interpretación de la libertad de expresión y el conseguir tener primacía en sus seguidores, han servido para dejar caer información perniciosa que causa, en ocasiones, estragos peores que los de la pandemia.

Frente a la información oficial de las instituciones a nivel mundial y nacional, se encuentra esa otra información malintencionada que se hace “viral” y ha alejado a mucha gente de recibir aquellos cuidados que debe procurar para mantener la salud y la vida.

A escala global, algunas empresas, como las farmacéuticas, han incrementado su capital debido, en especial, a políticas de presión sobre los gobiernos, la competencia desleal y encuestas y proyecciones no del todo ciertas.

Algunos gobiernos han aprovechado el confinamiento y el temor para aprobar leyes que, a la larga, no benefician a la educación, la economía popular, la salud o al trabajo y, que, por el contrario, han perjudicado a aquellos que, se supone, deben cuidar y defender, según las constituciones de cada país.

II

La Diócesis de Riobamba, en la provincia de Chimborazo, Ecuador, no fue ajena a esta situación. Cuando estábamos comenzando un nuevo año pastoral, en el cual se iba a ejecutar el último tramo de nuestro plan quinquenal, nos vimos obligados a suspender o a postergar, sin saber hasta cuándo, todas las actividades que en la Asamblea Diocesana de enero de 2020 habíamos programado. Aquellas tareas encaminadas a enfrentar los cuatro desafíos o prioridades diocesanas. La formación de agentes de pastoral, servidores y servidoras; la pastoral indígena, la pastoral juvenil y la pastoral familiar, debieron quedarse en suspenso. Durante los meses siguientes a la declaración oficial de la presencia de la pandemia en Ecuador, en los primeros días del mes de marzo de ese año, todas las actividades fueron suspendidas. La orden de confinamiento, los toques de queda, la restricción vehicular y peatonal, generaron mucha zozobra, sin saber en realidad lo que estaba ocurriendo y lo que iba a pasar.

Entonces, surgieron una serie de medios alternativos, fruto de las nuevas tecnologías, para poder, en parte, suplir lo que de manera presencial era imposible. Las misas, los talleres, los cursos, charlas y coloquios, a través de los diversos medios disponibles, ayudaron en algo a mantener a la gente con algún asomo de esperanza. La catequesis se vio muy afectada por cuanto, en muchos lugares, sobre todo en las comunidades rurales de la provincia, no había disponible la red para acceder a internet. Se hicieron algunos intentos por suplir esto y, algunos catequistas, incluidos también agentes de pastoral, se acercaron con el mayor cuidado posible hacia aquellos lugares para continuar con la formación inicial. Pero ello debió ser suspendido en cuanto los contagios empezaron a aparecer, tanto en las comunidades como en las personas que se desplazaban para llevar la catequesis. En la ciudad de Riobamba y en los centros más poblados de la provincia, se logró algo más en ese sentido, ya que se contaba con una mayor disponibilidad de acceso a la red. Lamentablemente, algunos sacerdotes, sin hacer caso de las disposiciones estipuladas a nivel institucional, incluida la diócesis con su Comisión de Bioseguridad, desarrollaron actividades presenciales con un número mayor de gente al dispuesto por las autoridades de la provincia. Por eso, muchas personas, incluyendo sacerdotes y religiosas,

se contagiaron y contagiaron a otros. Algunas religiosas pudieron superar el peligro, otras, por el contrario, no tuvieron la misma suerte. Un sacerdote murió por el contagio.

Toda la actividad pastoral diocesana, al parecer, estaba detenida o en riesgo de no llevarse a cabo, al menos en parte según se había establecido en el plan pastoral durante la última asamblea. Sin embargo, un año después, en febrero de 2021, atendiendo todas las normas de bioseguridad del protocolo de la Diócesis de Riobamba, se efectuó una reunión del Consejo Diocesano de Pastoral, en el cual participaron la mayoría de los sacerdotes y religiosas de esta jurisdicción eclesiástica en conjunto con algunos laicos. Los informes detallados que se pusieron en común por parte de las zonas pastorales,[1] las parroquias, departamentos y grupos apostólicos dieron un resultado altamente positivo, lo que evidenció que la pastoral, la actividad evangelizadora, nunca se detuvo, y que, más bien, había dado muy buenos frutos en los lugares atendidos por la diócesis. Al decir de alguien, fue una especie de asamblea diocesana ya que, además de los informes, se había hecho en cada exposición un tipo de evaluación de lo que había significado el efecto de la pandemia en las actividades pastorales de las parroquias. Se constató que, a pesar de esta contingencia sanitaria, las acciones pastorales no se habían estancado, si bien es cierto que se habían ido desarrollando a un ritmo más lento, jamás se abandonó la responsabilidad de la Iglesia con respecto a sus tareas pastorales.

Desde ese momento, y teniendo muy en cuenta las disposiciones de las autoridades del gobierno en cuanto a la manera de proceder, la Iglesia de Riobamba se abrió a la experiencia de realizar actividades de forma presencial allí donde fuera posible, en aquellos lugares donde se pudieran llevar adelante las normas de control sanitario derivadas de los protocolos surgidos del mismo gobierno nacional, provincial y cantonal. Algunas personas empezaron a llegar a los templos para la celebración tanto de la misa como de los sacramentos. Otras, la gran mayoría, no lo hicieron. Esperaban que la situación mermara en cuanto a la amenaza de contagio. Con la aparición de la vacuna para enfrentar el coronavirus, la gente se sintió con mayor confianza para asistir y participar en las celebraciones litúrgicas ofrecidas por la mayoría de las parroquias de la diócesis. Algunas zonas y consejos pastorales, aún hoy,

[1] La diócesis, desde el tiempo del episcopado de Monseñor Leonidas Proaño (1954-1985), está conformada por seis zonas pastorales. Cada zona pastoral está, a su vez, constituida por varias parroquias y coordinada por un sacerdote, religiosa o, en ocasiones, por un laico o laica.

continúan haciendo sus reuniones utilizando los medios tecnológicos disponibles. En otras, velando que se cumpla el protocolo y un número de personas apropiado, ya se están haciendo presencialmente. Un elemento muy importante durante el tiempo de la pandemia fue una serie de mensajes breves que el obispo de la diócesis, Monseñor Julio Parrilla Díaz, ahora obispo emérito de Riobamba, emitía todos los días a través de diferentes medios. A nombre de la Cáritas diocesana, el obispo hacía llegar su mensaje de solidaridad y de esperanza a los habitantes de la provincia. La pastoral social diocesana, Cáritas, fue y sigue siendo un elemento de gran ayuda y esperanza para la gente más necesitada. Miles y miles de mercados se dieron y se siguen dando para la gente de las comunidades del campo, tanto mestizas como indígenas, pero también en las ciudades y pueblos con mayor número de habitantes. De igual modo, el Hospital Andino, de la Diócesis de Riobamba, ha sido un lugar de esperanza y de acogida para muchos enfermos de Covid-19. Asimismo, las colectas para las personas que no pueden atender de manera adecuada esta situación sanitaria, han dado su fruto para que muchos contagiados hayan podido salvar su vida. Ha sido, entonces, una forma humana y cristiana de hacer presencia en pueblos, comunidades y ciudades de la provincia de Chimborazo. La Iglesia, a través de las celebraciones presenciales o utilizando los medios tecnológicos, ha dado buena respuesta a las inquietudes de la gente. En la actualidad, se están poniendo en acción algunas actividades que se habían detenido en cuanto a la pastoral diocesana. Esto, en gran medida, porque la mayoría de la población provincial ha sido vacunada y los índices de contagio han disminuido. Las personas, con pocas excepciones, continúan acatando los llamados de las autoridades con respecto al modo de seguir enfrentando esta emergencia.

Un hecho muy importante ha sido la renovación de las actividades misioneras, tanto del Equipo Misionero Itinerante (EMI), como del Departamento de Misiones de la diócesis. El mes de agosto, habitual para las misiones, vio con alegría cómo los misioneros llegaban de nuevo a las comunidades después de un año de ausencia. Estas misiones, guardando, por supuesto, los protocolos de bioseguridad, hicieron renacer la esperanza de las comunidades, fortaleciendo los servidores y servidoras que, si bien habían sido atendidos a través de los medios tecnológicos disponibles, necesitaban de la presencia de los misioneros. En esta ocasión, las misiones se desarrollaron en las provincias de Chimborazo y Esmeraldas, como se suele hacer cada año durante agosto, aprovechando

la venida de misioneros de otros países. San Juan Bautista de Punín, una de las parroquias eclesiásticas de la provincia con mayor número de indígenas, contó con la presencia y la cercanía de misioneros provenientes de España. Junto con su párroco, un número mayor a veinte jóvenes, vinieron a compartir, a aprender y a alegrar con su acción esas comunidades indígenas, muchas de ellas golpeadas por los contagios y el confinamiento forzado. La emergencia sanitaria no ha pasado y aún no se sabe hasta cuándo se podrá decir con seguridad que estamos libres de este virus letal. Pero lo que sí es cierto es que la presencia de la Iglesia ha dado una muy buena respuesta, tanto en los primeros tiempos de aparición de la pandemia como en estos momentos, cuando podemos decir que hay una mayor claridad respecto de cómo se presenta, pero, además, de cómo puede prevenirse y combatirse. Hemos podido, como dice san Pedro, dar razón de nuestra esperanza. A lo mejor hay espacios a los cuales no hemos podido llegar, preguntas a las que no hemos dado respuesta, incertidumbres que permanecen, pero, de todos modos, la Iglesia de Riobamba siempre ha buscado la forma más humana y más cristiana de hacer presencia en los lugares y momentos donde más se necesite su acción pastoral y evangelizadora.

Sin embargo, queda mucho por pensar, reinventar y construir.

Numerosas familias de la diócesis fueron sumidas en el dolor y en la impotencia a causa del virus. La fe de muchos tambaleó y quedó reducida a un segundo plano. Algunos, con la experiencia de los medios tecnológicos, prefieren permanecer en sus casas y evitar el contacto. La deserción en cuanto a la preparación para los sacramentos llamados “de iniciación”, ha sido abundante y han ido a buscar atención en otros grupos religiosos no católicos.

III

La responsabilidad y el cuidado de los otros debe ser una prioridad para todos. Si la pandemia, en muchos casos, promovió el individualismo y la búsqueda del bienestar personal, debe pensarse en una forma de evangelizar para evitar que tal actitud permanezca aun en aquellas personas y familias que, en el tiempo anterior a la pandemia, se distinguían precisamente por su solidaridad y atención eficaz hacia los más vulnerables.

Debemos aprovechar las lecciones de este tiempo de pandemia para reforzar la idea de que dependemos unos de otros e impulsar la de

la necesidad de construir una sociedad y una Iglesia para el cuidado de la vida en abundancia. Nadie puede vivir ni sentirse aislado, nos necesitamos mutuamente.

Es preciso revitalizar las propuestas que estaban entre paréntesis durante la emergencia sanitaria para desarrollar una misión encaminada a restablecer las redes debilitadas o destruidas por redes de acogida, ayuda mutua, servicio y entrega al otro que sufrió con mayor rigor la situación por encontrarse en una situación mucho más precaria que la nuestra. Recordemos el caso de Haití, que, además del virus, debió sufrir los estragos de un terremoto y una tormenta tropical, aunado a la situación estructural de pobreza, producto de la dominación histórica sucesiva y depredadora de España, Francia y Estados Unidos.

Ahora bien, como decía alguien: "existe un lazo necesario de solidaridad entre cada individuo y todos los demás, los hombres dependen los unos de los otros, y tal solidaridad es un hecho natural y social".[2]

Reconstruir la confianza en la sociedad, después de que muchos vieron cómo se les daba la espalda, incluso en sus propias familias, es una tarea que debemos emprender desde la ética y los valores del Evangelio.

La Asamblea Eclesial latinoamericana, esa acción del Espíritu para nuestro continente, debería ser nuestra oportunidad para emprender un cambio que es necesario y soñado, sobre todo para quienes requieren de ese mundo renovado, y han estado en la banca todo el tiempo, viendo cómo los de adelante se lo llevan todo y lo despilfarran o lo descartan.

En una sociedad atravesada por las "relaciones líquidas",[3] por los "enlaces" o "*links*", se necesita la creación de nexos, lo que supone, a su vez, el conocimiento y reconocimiento del otro. Para Levinas, el otro se presenta como epifanía, que viene a visitarnos con un rostro que nos habla, nos interpela. Por eso, ese otro en ningún momento puede significar una amenaza para mí, los míos y los nuestros, sino que es manifestación de vida y de humanidad universal. Ese rostro, en ocasiones con miedo, maltratado, sin esperanza, en miseria y desnudez, es aquel frente al cual tengo la imperiosa responsabilidad y necesidad de

[2] León Bourgeois, *La solidarité*, Presses Universitaires du Septentrión, 1998. Citado por Mariana Bernal-Faniño, "El solidarismo contractual –especial referencia al derecho francés", *Vniversitas*, núm. 114, julio-diciembre, 2007, pp. 15-30, Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá, Colombia, p. 15.

[3] Concepto acuñado en numerosas obras por el sociólogo polaco Zygmunt Bauman.

ir a su encuentro.[4] Ese otro es el único que me permite ser yo mismo. No puedo privarme de él, a riesgo de perderme yo.[5]

La solidaridad es uno de esos valores que hay que poner en marcha. Más que una abstracción o un concepto a definir, es una acción que nacería, creemos, según el imperativo categórico kantiano, desde mi condición de humano. No lo hago para sentirme mejor, para salvarme, para recibir las gracias. Lo hago porque soy persona, soy un ser humano. Es suficiente, eso basta.[6]

La solidaridad es, entonces, una acción común, es no alejarse, como lo dice el protocolo de bioseguridad y justificar con esto ese alejamiento.[7] Es acercarse de otra manera, ser creativos. "De cada cual según sus posibilidades a cada cual según sus necesidades", nos dice un antiguo aforismo que podría mostrarnos por dónde pueden ir las cosas para ir fabricando esos ladrillos con los que después podremos construir esa nueva sociedad en una época pospandemia.

Muchas cosas se han dicho sobre esta época de "tribulación", pero es preciso soñar y recuperar o lanzar nuevas utopías; como decía Ricoeur, la utopía expresa las potencialidades de las personas marginadas por el orden existente.

Diríamos, también, por el capital, el mercado y la estrategia globalizadora del neoliberalismo. La utopía, continuando con Ricoeur, consiste en ese ejercicio –y en el derecho, diríamos– de imaginar y pensar en otro proyecto de sociedad, en soñar otro modo de existir de las familias, de apropiarse de las cosas, de consumir los bienes, de organizar la vida política e incluso otra forma de vivir la vida religiosa y de ejercer el poder.[8] "Es la utopía la que, al nivel de los fines, puede proporcionar una perspectiva a la prospectiva que exige la complejidad del mundo contemporáneo y posibilita los medios existentes, dando así sentido y dirección a la acción política".[9]

[4] Emanuel Levinas, *La huella del otro*, Taurus, México, 2001.

[5] Luis Fernando Botero Villegas, "Interculturalidad desde Emanuel Levinas", *Intersticios*, año 23, núm. 50-51, enero-diciembre, 2019, pp. 181-202.

[6] Luis Fernando Botero Villegas, "Capitalismo, avaricia y espiritualidad indígena", *Intersticios*, año 23, núm. 48, enero-junio, 2018, pp. 15-41.

[7] La llamada erróneamente "distancia social", la cual ya está dada de antemano. Se debería hablar de la distancia física.

[8] Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*, Gedisa, Barcelona, 2010.

[9] José Antonio Pérez Tapias, *Utopía y escatología,* en Paul Ricoeur, p. 431, 1997. Citado por José Humberto Flores, "La utopía en Paul Ricoeur". Recuperado de: http://www.redicces.org.sv/jspui/bitstream/10972/861/1/utopia.pdf

Esto permite preguntarnos: ¿Qué tipo de sociedad queremos construir en comparación con la que teníamos antes de la pandemia? ¿Qué relaciones, qué sociedad, deseamos para esta época de pandemia y pospandemia?

Son algunas de las preguntas que deberíamos tener en cuenta a la hora de diseñar nuestra acción misionera, sabiendo que hay quienes tienen la "misión" de mantener las cosas como están o de volver a como estaban antes.

IV

Sin embargo, no podemos pensar en un mundo nuevo, en una nueva sociedad, en un hombre nuevo, si dejamos de lado algo tan fundamental como la naturaleza.

En efecto, últimamente se ha dado un aumento de calor y de las emisiones de gas de efecto invernadero, dando como resultado lluvias y, paradójicamente, sequías, provocando migraciones a una escala nunca antes vista. Aunque, al decir de algunos, con la pandemia actual, el planeta ha sentido un relativo alivio, hay situaciones que deben considerarse de primer orden en una nueva agenda ecológica para evitar un desastre humano aún mayor que el que está causando la actual emergencia sanitaria. Ciertos países apuestan por una manera distinta de percibir la naturaleza y, del mismo modo, asumir de forma seria la solución a las grandes desigualdades socioeconómicas existentes. Uno de esos retos que deben ser asumidos y resueltos no sólo para el bien de la naturaleza, sino para el género humano, es que nuestros ecosistemas dejen de ser vistos y tratados sólo como un depósito de recursos manipulados por la racionalidad instrumental de la modernidad.

Tratar, nada fácil, por cierto, de que no sean las grandes transnacionales las únicas que se ocupen de la producción y comercialización de los productos agrícolas, así como la imposición por parte de esas mismas compañías de semillas transgénicas para mantener el monopolio de lo que se produce. Urge, asimismo, regenerar los suelos agredidos por tanto insumo químico, purificar las aguas, cuidar los páramos, la atmósfera y el clima. De igual modo, es apremiante un cambio en los hábitos obsesivos de consumo,[10] los cuales afectan no sólo la vida

[10] Sygmunt Bauman, *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, México, 2007. Ruslan Posadas Velázquez, "La vida de consumo o la vida social que se consume: apreciaciones sobre la tipología ideal del consumismo de Zygmunt Bauman", *Estudios políticos*, núm. 29, Ciudad de México, mayo-agosto, 2013, pp. 115-127.

y dignidad del hombre,[11] sino la de la naturaleza. Al decir de Henry (1967), el antagonismo entre el hombre y la cultura actual,

> determina un esquema definido de la vida humana, en función de los imperativos económicos que rigen y uniforman las tendencias personales, hasta un grado tal que el sistema persiste merced al desequilibrio entre el consumo y la producción, pendiente de las necesidades incrementadas artificialmente que, en realidad, constituyen el motor de una industria en conflicto.[12]

Para hacer frente a esta situación y dar testimonio de que es posible otra manera de vivir, debemos ir contra corriente, como tantas veces lo ha dicho el Papa Francisco.[13] Cambiar las estructuras que hacen posible la muerte temprana de muchas personas por hambre física, precarias condiciones de salud, deterioro de las áreas cultivables y la creciente disminución de la frontera agrícola, la extinción de hábitats tan importantes como los páramos, los bosques y manglares; todo esto clama por una conversión integral.[14] La vida, la naturaleza, la sociedad, serán lo que queramos que sean. La voluntad y la opción de dejar una huella a nuestro paso que no signifique una acción irresponsable con consecuencias irreparables que afecten la vida de quienes vienen detrás, depende de nosotros. De un aquí y ahora que establezca la diferencia, que signifique un punto de inflexión esperanzador para todos los que ocupamos y ocuparán la "casa común".

Se precisa la creación de un espíritu comunitario y de una sociedad más humana. La ciencia, además de estar al servicio de los cambios tecnológicos, debe ponerse al servicio de la humanidad. Asimismo, la educación y los programas de salud deben dejar de ser medios de enriquecimiento y promover el bienestar de todos, sobre todo de los más frágiles a través del "espíritu del servicio público" (Morin, 2020: 2).[15] La educación, donde quiera que se imparta –colegios, universidades, seminarios–, debe cumplir con la misión de problematizar y desarrollar el espíritu crítico y autocrítico, preocupada por la construcción de

[11] Jules Henry, *La cultura contra el hombre*, Siglo XXI, México, 1967.
[12] Reseña recuperada de: https://www.revistadelauniversidad.mx/download/1d5a430c-f3a3-4a26-8194-56b1411b547a?filename=jules-henry-la-cultura-contra-el-hombre
[13] Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, núm. 65: "No sigan la corriente del mundo en que vivimos". *(Rom* 12, 2).
[14] Documento final. Asamblea especial para la región panamazónica. *Amazonía: nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*, núm. 17.
[15] Edgar Morin, *La crisis del coronavirus,* 2020. Recuperado de: https://elpais.com/cultura/2020-04-11/edgar-morin-vivimos-en-un-mercado-planetario-que-no-ha-sabido-suscitar-fraternidad-entre-los-pueblos.html

ciudadanos para vivir éticamente en una sociedad de mercado globalizada, suscitando con urgencia valores como la solidaridad, la fraternidad, el servicio y la amistad, entre otros.

Si bien es cierto que durante este tiempo de emergencia sanitaria los medios tecnológicos han ayudado a la comunicación, en ciertos niveles, la ausencia de un acceso democrático a la red, así como el desconocimiento de millones de personas en cuanto al manejo de estos medios, ha determinado, profundizado y perpetuado la diferenciación social.

Debemos seguir promoviendo los nexos, no los *links* ni los *"like"* ni las "relaciones líquidas" entre las personas; debemos continuar viviendo y ayudando a vivir las verdaderas relaciones humanas, partiendo del diálogo, del saber escuchar, no sólo por el celular o por la pantalla del computador, como dice también el Papa Francisco.

Aunque el tiempo de una pospandemia sigue siendo incierto, sin mucho diseño por la complejidad con que se ha presentado la pandemia, sí podemos cambiar nuestra forma de pensar, podemos imaginarnos un mundo nuevo, como un tipo ideal de vida y de sociedad para todos. Es nuestro derecho y podemos ejercerlo; no con optimismos vacíos que no llevan a ninguna parte, sino con nuestra condición de seres destinados a ser señores de la creación y de nosotros mismos. Es decir, desde un temple de ánimo que nos permita vivir ese señorío para el cual estamos más que suficientemente capacitados.

ESPERANZA Y MISIÓN: REFLEXIÓN EN TIEMPOS DE CRISIS

Mtro. Alejandro Gabriel Emiliano Flores*
Universidad Católica Lumen Gentium

1. Vislumbrando la impronta de Dios

Una mañana, a finales de 2020, recibí una llamada telefónica de una gran amiga y colaboradora: su hijo mayor, un joven doctor en biología patógena e investigador-docente, miembro activo de su comunidad eclesial y parte del cuerpo de salud que hacía frente a la pandemia en primera línea, ¡había fallecido por Covid-19!

La noticia me conmocionó. Saber que un joven tan brillante y comprometido en diversos ámbitos de la Iglesia y del mundo había muerto –a pesar de haber sido inmunizado con alguna de las vacunas– me entristeció mucho; sin embargo, lo que me dolió en el alma no fue su muerte en sí misma, sino la presencia de una muerte total que se asomaba en las palabras de mi amiga. Sentí un gran estupor y, como para alejar de ambos el desaliento, sólo atiné a preguntarle si quería que hiciéramos una oración en favor de su hijo. Ella, con cierta resignación sombría dijo: "Ya nada se puede hacer. Ya nada importa. Dios me ha abandonado".

–¡No!, ¡no es cierto!

Esas fueron las palabras que salieron por mi boca, con fuerza inaudita, desde el fondo de mi pecho. Salieron sin pedirlo. Salieron furtivamente y me infundieron una certeza tan desconocida que aún no comprendo su verdadero alcance.

---

* Maestro en Pastoral Urbana (UCLG), licenciado en Psicología Social (UAM-I), bachiller pontificio en Filosofía (UPM). Docente investigador y coordinador de la Maestría en Pastoral Urbana (UCLG), Miembro fundador del Observatorio de Religiosidad Popular "Javier Escalante". Autor de diversos escritos en torno a la religión, religiosidad, la misión desde el enfoque interdisciplinar, tanto de psicología social como de pastoral urbana. Correo electrónico: alejandro_emiliano@icloud.com

–¡No!, ¡no es cierto! ¡Dios sigue aquí! ¡Hagamos una celebración litúrgica virtual y verás el paso de Dios en tu vida, en la vida de tu hijo!

Ella asintió, más por salir del paso y refugiarse en su dolor que por entender lo que le había dicho. Baste decir que un diácono permanente, también amigo mío, aceptó realizar las exequias virtuales. Se hicieron los preparativos y se efectuó la celebración. Dadas las circunstancias, esperábamos una asistencia de 20 personas entre familiares y amigos cercanos, pero qué equivocados estábamos… la celebración se retrasó más de 20 minutos por la necesidad de migrarla a una sala de 500 personas y la solicitud de transmitirla vía redes sociales. ¡Inaudito! No había lugar para nadie más… ¿Cómo era posible? No sólo los familiares y amigos cercanos estaban conectados, sino alumnos de diversos grados de licenciatura y posgrado, colegas docentes e investigadores, representantes académicos de su casa de estudios, paramédicos, fieles de la parroquia en donde hacía su apostolado… lo más sorprendente –para algunos ingenuos entre los que me cuento– los asistentes a la celebración no sólo eran cristianos católicos, sino cristianos de varias denominaciones, fieles de otros cultos, algunos agnósticos y ateos estaban ahí. Todos estábamos ahí en medio de una gran pérdida. Todos reunidos. Todos acompañados. No había más soledad inmensa. No había difunto perdido. Había una comunidad que se recuperaba desde el anuncio gozoso de la esperanza cristiana.

La celebración no sólo consistió en las exequias propiamente dichas, sino que se extendió durante más de seis horas seguidas en las cuales muchos asistentes expresaron su pésame y el recuerdo del encuentro con el joven fallecido, que les cambió la vida haciéndolos mejores estudiantes, mejores paramédicos, mejores docentes, mejores cristianos… mejores personas.

Mi amiga, entre el dolor de la pérdida de su amado hijo, comenzó a sonreír con la felicidad de ver el sol después de un largo día de lluvia.

2. El ser humano ante la crisis

¿Qué es una crisis? Parece que la respuesta es fácil porque todos hemos pasado por una o varias crisis; aunque, por otra parte, en el mundo actual todo es crisis; por ejemplo, si requiero redactar un escrito como éste y el ordenador no responde por alguna de sus múltiples actualizaciones o por alguno de los virus informáticos que amenazan con hacer

inaccesible la información para mí, eso puede causarme una crisis. Por eso, hablar de ello puede ser equívoco. No es lo mismo la llamada crisis energética que la crisis sanitaria, ni la crisis ante la lentitud del tránsito vehicular de las grandes ciudades latinoamericanas, que aquella que lleva a las personas a situaciones extremas, como el suicidio.

Quiero reflexionar un poco sobre la crisis que apunta a la pérdida de sentido en los seres humanos, también llamada crisis existencial.

Mucho del comportamiento humano está orientado o casi regido por la petición de sentido. Ésta permite que las acciones del ser humano se encaminen hacia alguna parte, porque es ahí donde se quiere estar. Quizás algunos no sean conscientes de ello, pero, algo en su interior les impulsa. Me refiero a las motivaciones no siempre explícitas que tenemos para actuar de tal o cual manera (Cox, 2011). En otras palabras, mi comportamiento no es errático, quiere alcanzar algo, tiene una finalidad, un fin, un sentido.

La crisis tiene que ver con la finalidad en cuanto punto de llegada, en cuanto fin. ¿Qué sucede cuando, por alguna razón, la finalidad a la que dirijo mi vida, mediante mi comportamiento, desaparece? Al desaparecer el fin –denominado, asimismo, con el apelativo equívoco: destino– desaparece a la par el sentido de dirigirme hacia tal fin. Los esfuerzos que realicé para la consecución de tal o cual fin se me muestran como absurdos. Lo que invertí, al final, no ha servido para nada, se ha perdido, sin posibilidad de un reembolso.

Así, la crisis de sentido se debe a la pérdida de finalidad, a la pérdida del destino que esperaba. Aquello que me motivaba ha desaparecido para siempre y ya no me es posible poseerlo. Yo entro en crisis porque todo lo que soy estaba encaminado a la consecución de ese fin esperado. Todas mis estructuras fallan porque no son capaces de una reorganización ante la ausencia de un fin que alcanzar. No es que yo haya fallado. Si yo hubiera fallado, bastaría con intentarlo nuevamente mediante otros recursos y estrategias, ya que habría posibilidades de alcanzarlo, pero, al desaparecer el fin como punto de referencia y de llegada, me encuentro perdido irremediablemente.

Este tipo de crisis puede desencadenarse por la pérdida de cosas o personas con un alto grado de significado para uno, como no poder estudiar una carrera, ser despedido de la actividad laboral, ruptura de relaciones de amistad o amorosas, ruptura de relaciones parentales, filiales y, como en la narración del apartado anterior, relaciones paternales

o maternales. De hecho, el fallecimiento de un hijo es uno de los mayores sufrimientos:

> Nunca se espera enterrar a un hijo o hija, sin importar su edad. Los hijos, se cree, deberían sobrevivir a sus padres. Usted espera ver a sus hijos crecer, desarrollarse, casarse y tener hijos propios, antes de que usted salga de sus vidas.
> Cada vez que un hijo muere, usted no sólo pierde a ese hijo, sino también a su mundo supuesto, sus creencias sobre cómo debería ser el mundo. No es de extrañar entonces que la muerte de un hijo o hija de cualquier edad complique el dolor. Es una pérdida muy difícil [Doka, s.f.].

La atención a una crisis de pérdida de sentido comienza con reconocer lo que perdí: la motivación/finalidad de mi vida. A partir de ese punto, inicia el ciclo del duelo que requiere la reconfiguración de todo lo que soy. Es un proceso natural de todo ser humano, pero no por ello, sin complicaciones. Al final del recorrido del duelo ante la pérdida, yo la habré superado porque reconoceré que mi vida no se ha quedado sin horizonte. Habré reconstruido mi finalidad, mi motivación, mi destino.

La pandemia, que inició oficialmente en marzo de 2020, nos colocó en una crisis con múltiples rostros y, en ese sentido, ha sido devastadora para la mayor parte de la población. Lo primero que enfrentamos fue el resguardo obligatorio que coartó el libre tránsito, uno de los derechos más reconocidos en cualquier democracia. La limitación de movilidad nos impidió que se pudiera ir a las escuelas, al trabajo, a las compras, a los espacios de esparcimiento… se perdió el modo de vida usual. Por un lado, ya no fue posible hacer aquello para lo que fuimos preparados y capacitados. Al trastocarse el ciclo urbano vital, así como su ritmo, casi perdimos la cultura de producción y consumo de bienes y servicios que tanto nos ha esclavizado. Pero fue de modo voluntario. "Es impresionante lo que las personas en todo el mundo hacen en aras, no de vivir…, sino de no morir. Al parecer, con tal de mantener los signos vitales activos, la gente es capaz de renunciar a su libertad, a su familia, sean hijos, padres o nietos, a su carrera, a su religión, a todo" (Abud Jaso, 2020).

Por otro lado, el espacio compartido en casa durante tanto tiempo fue acompañado de un aumento significativo de violencia intrafamiliar

en todas sus formas y en todos sus niveles con desenlaces inimaginables (ONU, Mujeres, 2020).

Así, en poco tiempo, la sana distancia se convirtió en muerte. Muerte de mis proveedores, mis compañeros, mis colegas, mis amigos, mis familiares. Hasta que se tradujo en la muerte de los más cercanos: mi vecino, mi hermana, mi madre, mi cónyuge, mi hija. Juntos estábamos en crisis. Lo que éramos, lo que aprendimos a hacer, ya no funcionaba más.

Ciertamente algunos buscaron vivir sin ninguna de las medidas sanitarias recomendadas, signo de una negación absoluta ante la pérdida de sentido o muestra de que no tenían sentido en su vida desde tiempo atrás, ya fuese porque al vivir al día no se puede pensar en algún futuro o porque los poderes fácticos han logrado su cometido, la colonización de las mentes, medio por el cual, logran que seamos instrumentos productores de riqueza para ellos en medio de la enajenación de nuestro ser, sin el menor atisbo de preocupación por morir o, quizá más alarmante, sin preocupación alguna por vivir.

Esta situación no fue ajena a nuestra Iglesia o a cualquier credo religioso. El culto usual se vio interrumpido sin que muchas comunidades estuvieran preparadas. Algunos utilizaron la virtualidad para continuar con lo mismo de siempre. Otros intentaron algo diferente como la realización de cibermisiones, pero, poco a poco, todos éramos participantes de un mercado cultual donde todos competían por la audiencia y donde todos podíamos elegir la opción más cercana a nuestro *modus vivendi*. Ciertamente eso fue un bálsamo para nuestra crisis, sin embargo, habría que reflexionar si nos construyó una comunidad o sólo fortaleció la propuesta de espiritualidad subjetiva de la ultra o postmodernidad.

Me he detenido en un aspecto tan terrible como la crisis civilizatoria detonada por la declaratoria de pandemia en 2020, no para "echar sal a la herida" como compulsión que pretende sanación, sino para evitar esa negación que impide asumir que no podremos recuperar lo perdido. Esa negación que pretende conservar los esquemas mentales previos a la pandemia. El mundo no es el mismo.

> De las grandes pruebas de la humanidad, y entre ellas de la pandemia, se sale o mejor o peor. No se sale igual.

> Yo les pregunto: ¿Cómo quieren salir ustedes? ¿Mejores o peores? Y es por eso que hoy nos abrimos al Espíritu Santo para que sea Él quien nos cambie el corazón y nos ayude a salir mejores (Francisco, 2020).

3. De la espera y la esperanza

La escritura dice: "La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven" (*Hb* 11, 1). La fe, en cuanto confianza plena en Dios, conlleva la adhesión a su palabra (CEC 150). En ese sentido, la fe es garantía de lo que se espera, porque "yo sé en quien tengo puesta mi fe" (*2a. Tm* 1, 12) y ha mostrado que cumple lo que dice (*Nm* 23, 19-20), ésa es la principal razón de mantenernos firmes en "la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa" (*Hb* 10, 23). De modo que "la esperanza es poseer ya lo que se espera".[1]

Esta fe esperanzada de poseer ya lo que se espera tiene implicaciones espacializantes y temporizantes a partir de la inauguración de las relaciones entre el ser humano y el Dios personal proclamado por Jesucristo en el Espíritu Santo.

El cristiano se relaciona con Dios de una manera distinta a la de cualquier fiel de otro credo religioso. La finalidad del cristiano no es religarse con el totalmente otro a través de un mero rito propiciatorio de bendiciones que calmen las angustias diarias o por la disolución de sí mismo en el ser de las cosas que le rodean. Lo que hace el cristiano es cultivar una relación personal con el crucificado-resucitado, con Jesucristo, que ha venido a su encuentro en la propia historia personal enmarcada en una historia sociocultural determinada. Ese encuentro del fiel con el Señor Jesucristo le permite establecer un *axis mundi* (Eliade, 1981), mismo que será la referencia obligada de todos los demás espacios (espacialización). Cualquier espacio tendrá mayor o menor cercanía para el cristiano en la medida en que permita o dificulte esa relación significativa con su Señor. Ese *axis mundi* también será el punto de referencia temporal del cristiano. La vida tendrá un antes y un después del encuentro. Éste será la gracia que resignificará toda la vida del cristiano y permitirá que viva en el tiempo de la salvación (temporación).

Ese *axis mundi* –establecido a partir del encuentro con Jesucristo– es la puerta a un mundo y a un tiempo nuevo que no se espera como si

[1] Frase atribuida a Santa Teresa de Jesús.

estuviera delante, en un porvenir que, en este preciso momento, no existe. Ese mundo y ese tiempo nuevos ya han sucedido, ya se tienen, se viven, se poseen. No se esperan, se tiene esperanza en ellos. Así es nuestra fe esperanzada, la fe esperanzada de la Iglesia que nos gloriamos en profesar en Cristo, Jesús (CEM, 2015).

"Poseer ya lo que se espera" no es una cuestión pasiva que el cristiano meramente espera –como algunas interpretaciones mencionan (Torres Queiruga, 2005, p. 168)–, sino que es una actitud dinámica que, en sus elementos cognitivos, permite la interpretación del mundo desde la alegría escatológica de la plenitud de los tiempos y, desde sus elementos emotivos, motiva a la voluntad a actuar en consecución con lo experienciado en el encuentro.

El encuentro con Jesucristo, aunque tenga una connotación personal y su grado de subjetividad, al realizarse históricamente, tiene la objetividad necesaria que evita la enajenación de la persona, por ello no sólo elige permanecer en el mundo, sino que lo hace desde la apertura de ese amor situado en el aquí y en el ahora. Esa apertura del cristiano no es otra cosa que reconocerse como ser-con-otro, con un otro semejante a sí-mismo al que puede llamarle "tú". De modo que el cristiano, en cuanto ser-con-otro, al reconocer a los seres humanos como ese "tú" con el que puede ser –al reconocer a ese prójimo que es próximo al propio ser– rompe cualquier posible aislamiento o soledad y reconoce, a la par, a los que puede nombrar "comunidad". Una comunidad que le permitirá renovar la vigencia del encuentro fundante con Jesucristo por medio de la nueva relacionalidad con-otros.

Esta relacionalidad, propiciada por el establecimiento del *axis mundi* desde el encuentro con Jesucristo, contiene un aspecto aún más profundo y que será pro-yecto de sentido del ser-con-otro: Cristo Jesús no es para-sí, es para mí, es para ese tú que es otro como yo, es ser-para-los-demás. El ministerio público de Jesús muestra, en sus palabras y obras (*Mt* 9,1-8), que no se guardó nada para sí mismo, sino que entregó todo para-los-demás (*Ef* 5, 2; *Fil* 2, 6-11). Jesús, desde la cruz, muestra la radicalidad del ser-con-otro en cuanto ser-para-los demás, pues libremente entregó su vida y Dios Padre se la restituyó en plenitud en la resurrección (*Hch* 2, 31s; CEC 646). Desde el misterio pascual, el cristiano comprende que el para-qué del ser-con-otro en realidad es un para-quién, es para-los-demás. El ser-con-otro sólo es pro-yecto del ser-para-los-demás. El cristiano que se asume como ser-con-otro asume el ser-para-los-demás, así se comprende trascendente (Arostegui, 1979).

La nueva relacionalidad del ser-con-otros adquiere sentido desde el ser-para-los-demás y se vale de la espacialización y temporación del *axis mundi* fundante. Aunque el cristiano, desde la apertura del amor, es capaz de vivir como ser-con-otro, debe asumir que no todos los seres humanos han tenido el encuentro con Jesucristo, razón por la cual el reconocimiento del otro como un tú interactuante, se torna problemática. También, es cierto que, algunos, incluso, elegirán no ser-con-otro frente al encuentro con Jesucristo por las implcaciones del ser-para-los-demás. Es decir, ante la oportunidad de la nueva relacionalidad, algunos no aceptarán adherirse a la comunidad cristiana. Lo cual no implica que sean descartados u olvidados, sino que no habrá reciprocidad en dicha relacionalidad a pesar de la continua apertura cristiana del ser-para-los-demás.

De modo que la referencia espacio-temporal dada con el *axis mundi*, inaugurado y establecido por el encuentro con Jesucristo, capacita al cristiano para dejar de reaccionar como víctima del mundo y pasar a ser colaborador proactivo en la realización del reino de Dios que inició con la revelación en Jesucristo. La colaboración proactiva del cristiano implica el uso comprometido de las propias habilidades o el desarrollo de nuevas habilidades necesarias para la construcción de ese reino prometido que ya se vive.

Como parte de esas nuevas habilidades que el cristiano requiere para la colaboración en la construcción del reino, se encuentra la capacidad crítica responsable sobre las estructuras económicas y sociales que conforman cada cultura. Esa capacidad crítica-valorativa permite discernir los signos de ese reino desde la tensión escatológica del "ya pero aún no". En otras palabras, el cristiano no es un ingenuo creyente que asume que Dios es el *deux ex machina* (Arostegui, 1979) que suplirá el señorío que Dios mismo otorgó al ser humano sobre las realidades mundanas (*Gn* 1, 27-30), sino que es constructor crítico de las nuevas realidades que ya vive porque no se encierra en su propia e ilusa estabilidad.

La esperanza de la fe cristiana "es poseer lo que ya se espera" porque, desde el encuentro con Jesucristo, el cristiano ha experimentado la alegría del reino de Dios y es capaz de reconocer eso que ya ha vivido y es capaz de reproducirlo en la realidad social que habita en favor de los seres humanos contemporáneos y futuros. En otras palabras, el cristiano ha resignificado todo su mundo para hacerlo suyo y de los demás desde la construcción del reino por el encuentro con el Dios revelado por Jesucristo en el Espíritu Santo.

4. Crisis, esperanza cristiana y misión

Esta pandemia de Covid-19 que atravesamos no será eterna, tampoco será corta y seguramente se convertirá en endémica (Cabrera, 2020). En otras palabras, el virus podría quedarse de manera indeterminada entre la humanidad, como lo hizo la influenza H1N1 –aun con las campañas de vacunación–. También, podemos asumir que no será la última vez que enfrentemos una pandemia por un virus transmisible y mortal (*El Financiero*, 2021).

Así que, reflexionando, la crisis por la pandemia nos muestra, con sus altos índices de mortandad, la limitación de nuestra naturaleza humana y lo vano de nuestras ilusiones y fantasías sobre la capacidad científico-técnica del mundo en que nos desarrollamos; nos ha despojado de un sentido de vida considerado normal dentro de nuestras sociedades; nos ha arrancado las principales motivaciones y fines para reproducir una sociedad productora y consumidora de bienes y servicios no siempre vitales, nos ha dejado sin nuestras amistades, sin nuestros hermanos, sin nuestros cónyuges, sin nuestros hijos e hijas… nuestros seres queridos.

Pero no todo ha acabado. Aún podemos ver los pasos de Dios en nuestras vidas.

Algunos seguimos aquí, ahora, y no estamos solos. Esos algunos no estamos en una crisis devastadora y somos esos algunos los que seguimos vivos, los que podemos ayudar a los dolientes, podemos auxiliar a los que se encuentran al borde de un abismo que se muestra insalvable. Estos algunos nos sabemos con-otros y para-los-demás, con la posesión de lo que ya esperamos, porque aún resuena en nuestro interior el encuentro con nuestro Señor. Ese *axis mundi* que modificó la vida entera y nos sacó de toda soledad. Ese resucitado que nos ha encontrado para enviarnos nuevamente al mundo a anunciar su Buena Nueva a toda la creación (*Mc* 16, 15) y es en este preciso momento cuando nuestro Señor de la vida nos envía a estos algunos para que la caña resquebrajada no se quiebre ni se apague la mecha humeante (*Mt* 12, 20) y en su nombre, dar razón de nuestra esperanza (*1a. Pe* 3, 15).

Referencias

Abud Jaso, J.J., "El sujeto-supuesto-contagio", *El psicoanálisis en tiempos de la Covid-19*, Puertas Lumen Gentium, 2020, pp. 27-40.

Arostegui, L. "Dietrich Bonhoeffer, la fe cristiana en el mundo mayor de edad", *Revista de Espiritualidad* (38), pp. 263-294. Recuperado el 17 de septiembre de 2021 de: http://www.revistadeespiritualidad.com/upload/pdf/459articulo.pdf

Botey, J., *Construir la esperanza*, junio de 2008. Recuperado el 8 de septiembre de 2021 de: https://ciec.edu.co/wp-content/uploads/2018/11/construir.pdf

Cabrera, R., "La OMS no dio por declarado que Covid-19 sea oficialmente endémica", 22 de mayo de 2020. Obtenido de AP News: https://apnews.com/article/archive-ap-verifica-8947740327

CEM, *Misal Romano*, Madrid, BAC, 2015.

Cox, G., *Cómo ser un existencialista o cómo tomar control, ser auténtico y dejar de poner excusas*, Barcelona, Ariel, 2011.

Doka, K. (s.f.), *Duelo por la pérdida de una vida joven*. Obtenido de Dignity Memorial: https://www.dignitymemorial.com/es-es/support-friends-and-family/grief-library/when-a-child-dies

"OMS advierte de una vez: vendrá un virus más contagioso y mortal que el SARS-CoV-2". *El Financiero,* 24 de mayo de 2021: https://www.elfinanciero.com.mx/mundo/2021/05/24/oms-advierte-de-una-vez-vendra-un-virus-mas-contagioso-y-mortal-que-el-sars-cov-2/

Eliade, M., *Lo sagrado y lo profano*, Guadarrama, Barcelona, 1981.

Forte, B., "Cristo, 'nuestra esperanza', revela el sentido de la vida y de la historia". *Scripta Theologica*, 2001, 33(3), pp. 827-841. Recuperado el 8 de septiembre de 2021 de: https://revistas.unav.edu/index.php/scripta-theologica/article/download/12816/14432/

Papa Francisco, *Videomensaje del Santo Padre Francisco con ocasión de la vigilia de pentecostés organizada por Charis,* 30 de mayo de 2020. Obtenido de: https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2020/documents/papa-francesco_20200530_videomessaggio-charis.html

Moltmann, J., *Teología de la esperanza*, Sígueme, Salamanca, 1973. Recuperado el 16 de septiembre de 2021 de: https://eleuteros.files.wordpress.com/2018/08/jc3bcrgen-moltmann-teologc3ada-de-la-esperanza.pdf

ONU Mujeres, "Violencia doméstica durante la Covid-19. Herramienta de orientación para empleadores, empreadoras y empresas, junio de 2020". Obtenido de: https://www2.unwomen.org/-/media/field%20office%20mexico/documentos/publicaciones/2020/junio%202020/violencia%20domstica%20durante%20la%20covid19%20herramienta%20de%20orientacin%20para%20empleadores%20empleadoras%20y%20empre.pdf?la=es&vs=503

Plugiese, Z., "Heidegger, el instante del paso de dios en los Beiträge zur Philosophie", *Nuevo Pensamiento*, 2011, pp. 94-108. Recuperado el 16 de septiembre de 2021 de: http://www.editorialabiertafaia.com/nuevopensamiento/index.php/nuevopensamiento/article/view/7

Torres Queiruga, A., "Elpidiología: la esperanza como existenciario humano", *Theologica Xaveriana,* 2005 (154), pp. 165-184. Recuperado el 16 de septiembre de 2021 de: https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/teoxaveriana/article/view/20102

UNA CRÓNICA LAICAL: FE Y COVID-19

P. Ernesto Mejía Mejía, CMF*

A inicios de 2020, en la Ciudad de México, se escuchaba a través de los medios de comunicación que, en China, y poco tiempo después, en varios países de Europa, un nuevo virus iba cobrando muchas vidas. Una familia en dicha ciudad platicaba en la sobremesa de la situación y decía que eso era "localizado y pasajero". En muchos ámbitos así se llegó a pensar.

Cada vez las noticias sobre el virus eran más frecuentes y, a principios de marzo de 2020, se empezó a experimentar de forma alarmante que la pandemia de Covid-19 ya se encontraba en la Ciudad de México, afectando de manera directa y fulminante la salud de muchas personas. La afectación llegaría hasta los aspectos económicos, distanciamientos sociales y grandes repercusiones en el ámbito religioso.

Por su parte, la ArquiDiócesis de México se pronunció oficialmente al ordenar que los templos permanecieran cerrados en la Semana Santa de 2020. Entonces, con gran alarma dentro de los ambientes religiosos, empezaron a surgir interrogantes como estas: ¿dónde está Dios?, ¿es el fin del mundo?, ¿qué va a ser de la Iglesia con los templos cerrados?

En medio de estos escenarios llenos de gran incertidumbre y miedos, algunos sacerdotes y monjitas (como cariñosamente se les dice), no dejando morir el espíritu profético de la Iglesia y de su vocación, arriesgaban sus propias vidas por estar cerca de los enfermos de Covid-19. Aparecieron en escena un clero y unas religiosas solidarias: los(as) capellanes(as) Covid-19. Fueron algunos sacerdotes y religiosas que, en donde se los permitieron, con las medidas sanitarias que se

---

* Sacerdote claretiano. Licenciado en Antropología Social por la ENAH. Exrector del Templo de San Hipólito y San Casiano, CDMX, donde se venera a San Judas Tadeo. Maestro en Pastoral Urbana por la UCLG. Fue vicario del Santuario de la Virgen de Guadalupe, Torreón, Coah. Actualmente ejerce su trabajo pastoral en San Hipólito, CDMX. Es miembro fundador del Observatorio de la Religiosidad Popular, UIC.

exigían en esos momentos y venciendo el miedo al contagio, aplicaron los auxilios religiosos a los enfermos y a sus familiares.

Por otro lado, algunos sacerdotes abrían, casi a escondidas, sus templos para que la feligresía, laicos(as) comprometidos(as), se alimentara, como pudiera, de lo religioso. Se abrían clandestinamente esos lugares sagrados como únicos reductos religiosos en tiempos de gran zozobra. Dichos lugares eran el cobijo, el centro, el eje que le daba consistencia a esta vida que se veía muy amenazada.

Estos escenarios de pandemia nos hacían recordar a la Iglesia primitiva de las catacumbas. Se pudo ver la presencia de laicos(as), casi a escondidas y en medio de sombríos silencios, fortaleciendo su vida de fe casi extinta, pero, saliendo, sintiéndose impulsados a ser Buena Noticia en medio de un sinnúmero de noticias fatales y de estadísticas de las muertes.

Junto con los templos semiabiertos como referentes de vida y esperanza, dentro de la ciudad surgieron otros espacios, llenos de gran dolor y lágrimas: los hospitales 100% Covid-19 y los crematorios. Lugares muy desoladores ante los cuales sólo la fe y la esperanza podían mantener en pie a las personas.

Mientras tanto, en la ciudad, en esos momentos de gran emergencia sanitaria, se reactualizaba casi literalmente aquella cita bíblica del profeta Jeremías: “Entro en la ciudad: desfallecidos de hambre; tanto el profeta como el sacerdote vagan sin sentido por el país […] Se espera la paz, y no hay bienestar, al tiempo de la cura sucede la turbación”.

Se imponía necesariamente asumir otra manera de vivir, muy novedosa: el confinamiento y el distanciamiento social. Algunas personas, por su situación y tipo de trabajo, podían realizarlo, pero no todas. En varios hogares se llegó a escuchar la siguiente frase: “O morimos de coronavirus o vamos a morir de hambre”. Muchos, muchos creyentes, se sentían obligados a salir a la calle para ganarse el pan de cada día, lo cual aumentaba el riesgo de contagio.

Diversos medios de comunicación y las autoridades civiles determinaron qué era esencial y qué no lo era. Ante tales situaciones imperativas, inesperadas y urgentes, en las que parecía que maniataban el ser y quehacer de la Iglesia, emergió otra parte de ella, la Iglesia laical, que en el desarrollo de este escrito hemos denominado la *Iglesia de a pie*.

Esta Iglesia de a pie, en estos tiempos tan dramáticos, estaba convencida y expresó, con acciones concretas, que lo religioso es algo esencial y por lo cual no podía estar en total confinamiento.

La pandemia no podía detener a esta Iglesia, sino que, más bien, la visibilizó con todo su sistema casero y creativo, el cual sigue alimentando la vida religiosa de muchos creyentes. Incluso, ahora ya con la llegada de las vacunas y ante las nuevas cepas o variantes, la enfermedad sigue y las muertes continúan, pero, la fe se sigue reforzando y el principio de esperanza se está manifestando entre estos creyentes con mayor empuje.

La Iglesia de a pie, en donde la laica y el laico tienen un protagonismo esencial, ha colaborado mucho durante esta pandemia. Además, se ha demostrado con hechos fehacientes que lo religioso es algo esencial y no puede ser inmovilizado o atado.

A estas alturas, nadie puede negar que la Covid-19 es una pandemia que ha afectado a todo el mundo y muchas dinámicas de la vida humana; que, conscientemente, hay que cuidar la propia salud y la de los demás.

En medio de esta situación de dolor y de gran incertidumbre, la vivencia no puede mantenerse estática, han sido tiempos en que dicha vivencia religiosa se ha empezado a recrear y a reinterpretar. Está llevando a varios sectores de la Iglesia y, sobre todo, a muchos laicos, a dejar atrás su inercia religiosa y a depositar más su fe y esperanza en el Dios de la vida, y a no quedarse en un providencialismo.

Ante tales experiencias vitales, ante estas situaciones límite expuestas, más evidentemente por la Covid-19, la Iglesia de a pie recapitula e invita a reflexionar lo siguiente: la pandemia ha puesto de rodillas a gran parte de la humanidad, en particular en estos tiempos en que el ser humano se creía o sentía como un ser todo poderoso, aparece su realidad de finitud, su fragilidad, su precariedad. Sí, su realidad contingente de creatura mortal. El precio de esta pandemia ha sido muy alto, pero, son tiempos de aprendizaje y, ¿qué estamos haciendo?

En medio de estos tiempos de gran dolor, pesadilla y necesidad, no podía faltar el rostro femenino de la Iglesia. En estos tiempos álgidos de la pandemia, describimos, a grades rasgos, la postura de una mujer, la cual preguntó a un sacerdote: “padre, Jesús se acercó a los leprosos aun sabiendo que se podía contagiar. En estos momentos, ¿dónde estamos los que nos decimos seguidores de Jesús?”

Y con apoyo de un par de personas más y del sacerdote mismo, prepararon lo que llamaron la Bolsa de la Fraternidad (en una bolsa de capacidad suficiente, depositan, en un recipiente para comida, un guisado con arroz, tortillas, una cuchara, fruta y un jugo). Durante lo que va de la pandemia, la han compartido con jóvenes en situación de vulnerabilidad que se encuentran en el primer cuadro de la megaciudad de México.

Por otra parte, las noticias en los medios de comunicación han dado el protagonismo, bien merecido, a todas las personas que han estado en la denominada primera línea del peligro: doctores, enfermeros(as), trabajadores de la salud… Pero tampoco se puede soslayar a muchos creyentes, muchos hombres y mujeres religiosos, es decir, la Iglesia de casa, la que ha tenido que afrontar esta pandemia "cuerpo a cuerpo", laicos que son pieza clave dentro de sus familias y sobre cuyas espaldas recae el sustento familiar.

No es una Iglesia en abstracto, es la Iglesia de a pie personificada en varios niños, en muchos jóvenes, en los adultos, incluso en los ancianos, quienes se han hecho presentes orando de nuevas y diferentes maneras. De igual forma, y como han podido, se han ido creando redes de ayuda con las personas cercanas.

Así, esta tragedia de proporciones apocalípticas, ha dejado de manifiesto en las casas, en los condominios, en las calles, en los hospitales, en los lugares de la ciudad donde menos se espera, una oportunidad para que muchos creyentes, de acuerdo con sus posibilidades, abrieran otra vez el corazón y se pusieran al servicio de la vida en medio de la enfermedad y de la muerte.

Mientras muchos grupos de pastoral asiduos al templo han entrado en una crisis de identidad, pensando: ¿qué será ahora de nosotros? los otros creyentes, los creyentes extramuros, la Iglesia de a pie, ante la Covid-19, han generado otras maneras de ser religioso, han creado redes invisibles y visibles de oración, de solidaridad, organizadas y urgentes.

Como un principio generador, la ayuda y acompañamiento de Dios, y después, la fe y la esperanza de algunos creyentes, han hecho que esté emergiendo la otra Iglesia, la de casa, la Iglesia de a pie. La Iglesia que tiene como protagonistas a los laicos, quienes saben en conciencia que son una Iglesia en salida, que es discípula y que sigue aprendiendo del Maestro Jesús. Una Iglesia que sufre con el otro y que hoy, más que nunca, en tiempos de incertidumbre, dolor y muerte, está

interpelada para dar el paso de la teoría a la práctica. La Iglesia que sabe lo importante que es, precisamente en estos escenarios de crisis sociales y personales, estar cerca de las personas que más están sufriendo; es la Iglesia de a pie la que en manos de Dios y no por sus propias fuerzas, se siente instada a hacer vida la parábola del "Buen Samaritano".

La Iglesia de a pie, ante las disposiciones de abrir y cerrar los templos o de la regulación de la entrada a los mismos, ha reactivado y ha hecho que resurjan los "altares domésticos". Es en esos espacios o rincones religiosos, destinados dentro del hogar, donde cohabita lo sagrado con las vicisitudes diarias de todos los miembros de la familia y donde los laicos alimentan su ser religioso en diálogo directo con sus imágenes de la Divina Providencia, la Virgen, su Cristo o su santo.

Ya antes de la pandemia existían dichos altares, pero es precisamente en estos tiempos tan cruciales cuando la Iglesia de a pie empieza a recrear su vida religiosa desde esos espacios, recurriendo con más insistencia y fervor a sus cristos, vírgenes y santos para resignificar el valor de la casa y de la importancia de la familia.

La Iglesia de a pie se dio cuenta, en estos tiempos de confinamiento, que en la casa y en la familia también se encuentra lo sagrado. De esta manera, las personas creyentes siguen reemprendiendo su diaria y larga jornada asiéndose a su fe y discerniendo situaciones vitales con su santo preferido, el santo que ha estado con ellos en las buenas y en las malas. Especialmente en estos tiempos de Covid-19, él no les podía fallar, su santo preferido no los puede dejar solos.

Dentro de lo que hemos denominado Iglesia de a pie, muchas personas (niños, jóvenes, adultos, ancianos), frente a su altar doméstico, imploran al Dios de la vida por el cese de esta pandemia y se solidarizan a través de rezos y peticiones con el dolor y sufrimiento de los vecinos. Es posible que por la misma pandemia su altar esté con pocas flores o sólo con una pequeña veladora, pero eso sí, siempre con la presencia iluminadora y la certeza de que Dios a nadie deja, que Él camina en la historia.

Así, puede decirse que esta pandemia vino a reavivar y a reincentivar ese rinconcito del hogar de los creyentes donde, sin duda, habita Dios. En donde el santo comparte espacio sin problema, con otras imágenes, estampas o artículos religiosos, porque así es la vida en la familia, siempre hay un lugar para todos, en la casa todos caben y alcanza para todos.

Nadie se imaginaba que ese rinconcito de la casa, que a veces pasaba inadvertido, el altar doméstico, durante todo este tiempo tan desolador

de pandemia para las familias, iba a convertirse en la columna de lo religioso, así como en el receptáculo y bálsamo de las penurias, dolores y pérdidas. Pero, sobre todo, en el impulsor de sentido y generador de esperanzas en ambientes de desolación y sinsentido.

Las experiencias vitales que se están generado alrededor de los altares domésticos son las respuestas concretas de las personas y de las familias al dolor, la enfermedad, la muerte y tantas secuelas que ha traído consigo este virus mundial.

La Iglesia de a pie, enraizada en Jesús como Buena Noticia, nos está haciendo entender que la vida no es unilineal, que no se puede comprar ni mucho menos predeterminar. Que se puede y es tiempo de reformular muchas cosas, incluso, dentro del mismo ámbito religioso.

En muchos lugares, así como en la esfera religiosa, se está experimentando y pasando del "así se venía haciendo" y del "así siempre se hacía", a entender que la Buena Nueva de Jesús siempre es novedosa y actuante en la historia, que no se puede encuadrar.

Esta Iglesia de a pie, teniendo como sustento la Buena Nueva de Jesús durante esta pandemia, está accionando antiguos y nuevos elementos religiosos. Dicha Iglesia visibilizó lo religioso y solidario del ser humano, que se creía superado.

La Iglesia de a pie nunca está a favor de ser suicida. ¡Claro está que la prudencia y el resguardo en casa son de suma importancia!, pero, en momentos de urgencia, éstos no pueden ser los únicos valores que guíen la vida de los laicos comprometidos. Los mandatos del Evangelio hacen que la Iglesia de a pie recuerde su esencia misionera y la impulsa a que dé muestras palpables, hoy más que nunca, de que hay otros valores como el amor, la solidaridad, la cercanía con los que sufren, la fraternidad…

La Iglesia de a pie sabe lo importante que es la oración como alimento. Mientras en estos tiempos de gran dolor para la humanidad se llevan a cabo las cadenas de oración, las grandes y muchas veces olvidadas abuelas están siendo solidarias (algunas de ellas reciben su pensión económica), destinando algún porcentaje para ayudar a los necesitados.

Otras muestras de solidaridad se hacen palpables en la casa, en el barrio, en el condominio, en el lugar de trabajo… Los laicos comprometidos no dejan de "compartir el taco" con los vecinos enfermos y sanos. No falta el laico encargado de solicitar un apoyo económico para ayudar a aquella familia que ha perdido a un ser querido.

Esta Iglesia de a pie es capaz de romper esquemas preestablecidos, con gran espontaneidad se solidariza con el ateo y con el hermano de otro credo religioso. Lo que se necesita en estos momentos es estar con el otro, con el doliente, con el que sufre, superando todas las diferencias. Todos somos humanos y todos nos necesitamos. No se puede negar que en estos tiempos tan singulares y difíciles de la historia de la humanidad, se escucha la siguiente frase: "Hoy por ti, mañana por mí".

En fechas recientes, la pandemia sigue cobrando muchas vidas. Desde la aparición de las vacunas algunos miembros de la Iglesia empezaron a ofrecer el auxilio espiritual de la "escucha", y vaya que se necesita. Aunado a este importante bálsamo, la Iglesia laical, la Iglesia de a pie, a tiempo y a destiempo, sigue revolucionada, orando y siendo solidaria. En el presente, con un gran número ya de vacunados, asume y promueve los protocolos de desinfección, a la vez que recuerda a propios y extraños que fe y obras son respuestas concretas ante la Covid-19.

No podemos olvidar que, así como en la denominada "primera línea" hay ateos y de otra confesión religiosa afrontando la Covid-19, también ahí está la Iglesia de a pie, doctores y enfermeras católicas, que están dando muestras de su fe, que siguen pasando a su templo entreabierto y dialogan unos momentos con Dios y reemprenden su difícil jornada. Hay trabajadores de la salud, sacerdotes, religiosos y religiosas, agentes de seguridad, personas de limpieza, voluntarios creyentes que continúan esforzándose por salvar vidas, arriesgando la suya, sabedores del mandamiento del amor fraterno.

La Iglesia de a pie en la calle, en el mercado, en el barrio, en el condominio, en el edificio, con los vecinos… está llorando con aquellos que han perdido a algún ser querido, como lo hizo Jesús con su amigo Lázaro. Esta Iglesia está redescubriendo su capacidad solidaria, porque solidario fue su Maestro.

Durante estos tiempos tan difíciles de pandemia, hay en las calles rostros llenos de desencanto y dolor, pero además se ven rostros de creyentes solidarios con su prójimo a través de "pequeños grandes detalles", como compartir la moneda con los necesitados o con el grupo que toca música por las calles, o el donar la lata de atún o el paquete de galletas con el necesitado más cercano.

Ha existido mucha solidaridad que nace de la propia cultura mexicana, pero, sobre todo, una gran solidaridad religiosa o espiritual, tanto entre los mismos creyentes como con otros que son de diferente credo,

incluso, con los no creyentes. Se están llevando a cabo "cadenas de oración" que reflejan solidaridad con el dolor ajeno, que no son otra cosa sino redes concretas de esperanza.

Ahora bien, mientras algunos ministros de culto (obispos, sacerdotes…), por razones obvias, están en confinamiento y no han podido dar auxilios religiosos, por otra parte, están emergiendo los auxilios religiosos de laicos, estos otros intermediarios que están acompañando en los duelos y haciendo rezos cuando son solicitados.

En medio del riesgo y cuidándose como pueden, ¡con qué fe y esperanza están brotando los laicos rezanderos!

A corto, mediano y largo plazos, estos intermediarios laicos están prestando sus servicios religiosos. En donde se les necesita, entre cantos de dolor y rezos entrecortados a causa del cubrebocas que traen bien atado, expresan: "Si no hablamos hoy de la resurrección de Jesucristo y de un descanso eterno, entonces, cuándo".

Estos, denominados rezanderos(as) de la Iglesia de a pie han estado acompañando los funerales sin rito o sin gente. Incluso, su creatividad espiritual les hace improvisar rezos ante las urnas con cenizas. En estas situaciones límite, los dolientes anhelan que alguien le dé el último adiós a su difunto y alguien que les proporcione a ellos un bálsamo ante tanto dolor, y lo han encontrado en dichos rezanderos.

Durante estos tiempos de Covid-19, hasta donde no llegan los sacerdotes, ahí están los rezanderos. Sí, para muchos han sido las despedidas sin adiós, pero, para otros, los rezanderos han sido los únicos que han acompañado religiosamente el último adiós, dando consuelo y compartiendo esperanza.

Sólo la firmeza de fe y la creatividad de la Iglesia de a pie es capaz de fusionar lo antiguo con lo nuevo sin problema, siempre y cuando dicha fusión sea generadora de esperanza y de vida. Esta Iglesia laical, de casa, echó mano del banco de datos religioso que tenía a la mano y resurgieron a escena con un significado vital.

Los remedios caseros tradicionales (el té de jengibre, el vaso de limón en ayunas, las infusiones de eucalipto y gordolobo) y el acervo de objetos religiosos (el cirio, la veladora, la estampita, el agua bendita, la novena, el rosario) que se creían en desuso, están revitalizando la vida de los creyentes.

En medio de estos ambientes de enfermedad y duelo, muchos creyentes fueron recurriendo a lo más cercano y confiable que tenían, como se ha dicho en líneas anteriores, tanto a sus santos y rezos, como a los remedios caseros que iban pasando de boca en boca y que tenían a la mano; lo importante era tener signos cuya eficacia hubiera sido comprobada.

La vida religiosa del laico se fusionó sin algún conflicto con lo nuevo, con lo virtual, y se está experimentando otra forma de acceder y vivir lo religioso. Muchos anhelan la vida cúltica normal, la que se vivía antes de la pandemia, otros también la añoran, pero, por cuestiones de salud, no asisten a los templos.

Se ha generado otra manera de interpretar lo religioso. Las dinámicas pastorales, las actividades que implicaban ir de casa en casa, los grupos asiduos a las reuniones en las instalaciones del templo, en el mejor de los casos, se ven ahora acompañadas y transmitidas en línea, en la virtualidad.

En este cambio vertiginoso, la Iglesia de a pie no se queda en la nostalgia o en la desilusión, o con la afirmación de que se han perdido muchas cosas; todo esto lo asume como una reactivación de las inercias pastorales, como una oportunidad de cambio y actualización, no sin el dolor de toda gestación.

A estas alturas de la pandemia y sus secuelas, sobre todo, los celulares se han convertido en uno de los medios más utilizados, pues dichos aparatos electrónicos, por las bondades que ofrecen, han sido el canal más accesible de las videollamadas religiosas, de las cadenas de oración por los enfermos y el acompañamiento virtual a través de imágenes o mensajes en el duelo ante los que han fallecido.

¿Quién de los creyentes a estas alturas de la pandemia no ha recibido directa o indirectamente un mensaje (con imagen y sin imagen) por Whatsapp con algo parecido a la siguiente frase: "A las cinco de la tarde vamos a unirnos en oración por la salud del hermano(a)… que tiene Covid-19"? Asimismo, han recibido mensajes de mucha cercanía y esperanza ante la realidad de la muerte con la siguiente descripción: "Nunca pierdas la *esperanza*, incluso las personas que lo han *perdido todo* en la *vida*… siguen teniendo *esperanza*".

A un poco más de medio año de esta pandemia, muchos creyentes ya han sido testigos de otras formas de resignificar lo religioso a través del mundo virtual. La Iglesia de a pie ha dado cuenta de que, a estas alturas de la vida, hay que repensar y resignificar lo religioso. La Iglesia

de a pie ha sido capaz de reconstruir nuevos escenarios y deconstruir espacios religiosos que se pensaban inamovibles.

La vivencia religiosa en estos tiempos nos da cuenta de que muchos aspectos tradicionales van unidos al mundo virtual actual, creando modos y estrategias religiosas novedosas. Sí, se ha dado un paso gigantesco a los escenarios religiosos virtuales, pero, también se volvió a lo ancestral comprobado: al don de la fe; pues, el ser humano actual en pandemia no se puede entender sin su pasado y en sus raíces está la sed por lo religioso y la trascendencia.

La Iglesia de a pie en estos tiempos ha aprovechado las bondades del mundo virtual y le ha dado su justo valor; aunque sabe que, por más adelantos que existan, las situaciones límite, como el dolor, la enfermedad y la muerte, se efectúan en espacios reales, muy reales, y hay que afrontarlos cuerpo a cuerpo como los afrontó Jesucristo.

Esta pandemia llena de desilusión, enfermedad y muerte, es, asimismo, una vuelta a lo religioso y a la construcción de un nuevo humanismo en el que sobrevive la capacidad de asombro y el milagro.

¿Existen o no los milagros? Esta interrogante ha acompañado el quehacer de los laicos comprometidos durante todo este tiempo de pandemia y la respuesta ha sido afirmativa. A grandes rasgos, la siguiente descripción es sólo un ejemplo de lo que sobre este tema está sucediendo: el diagnóstico del enfermo de Covid-19 era fatal y definitivo, para este enfermo no hay cura, de pronto surgió el milagro, el enfermo sanó y él mismo da testimonio de ello diciendo "estoy vivo por un milagro y pienso que fue Dios quien me salvó. Yo soy un milagro".

Muchas cosas han sido de aprendizaje durante este tiempo y una de ellas ha sido que Dios sigue actuando en la historia, que Él es signo palpable de vida y esperanza.

Durante esta pandemia y, hablando en un sentido amplio, se puede decir que en algunos sectores o grupos de personas se están llevando a cabo varios milagros: el milagro de despertar a una nueva conciencia de Iglesia y de humanidad. El milagro en estos tiempos de que si nada cambia después de esta convulsión, se habrá perdido la oportunidad de ensayar otro modo de ver y organizar un mundo en el que haya un lugar digno para todos y se viva la fraternidad.

En ese sentido amplio, otros milagros han sido la solidaridad, la colaboración y la conciencia colectiva de estar uniendo fuerzas para salvarnos y salvar el planeta, así como entender que, confinados en los

hogares, a pesar de todo y sin importar la edad, se tiene la capacidad de adaptarse y superar situaciones adversas.

No obstante los temores, esta pandemia no ha conseguido doblegar a los creyentes, ni como Iglesia ni como sociedad. Se está haciendo el milagro de entender algo que a veces se olvida: la capacidad de resistencia del ser humano.

El verdadero milagro es la vida, la existencia de cada uno. Sí, el milagro es vivir en este mundo a pesar de las millones de posibilidades de no hacerlo. Esta pandemia es ocasión de valorar lo que se es y se tiene.

La Iglesia de a pie en estos tiempos de pandemia se está resignificando bajo los siguientes aspectos:

a. Viviendo un encuentro diario y profundo con Jesucristo.
b. Estableciendo redes de solidaridad con los necesitados.
c. Se sabe que es Pascua, que Jesús siempre es una Buena Noticia y Él se manifestó como el camino, la verdad y la vida, la vida plena.

La muerte se ha mostrado como hacía mucho tiempo no se veía en la historia de la humanidad, pero también se le ha reflexionado y se le ha hecho frente desde la fe y, sobre todo, desde la esperanza. El desconsuelo ante la muerte, el dolor y el sufrimiento han sido desgarradores (y lo seguirán siendo), aunque ha surgido durante estos tiempos el consuelo solidario y la esperanza de algo más, de una esperanza con mayúsculas: la Pascua de Resurrección.

Pasar del duelo a la esperanza, de la muerte a la vida, se sabe que no es nada fácil, mas no estamos solos, Cristo conoció y experimentó dichas situaciones y ahora Él ha resucitado y camina con nosotros.

Durante esta pandemia se ha observado que algunos enfermos han logrado recuperarse, pero otros hermanos, lamentablemente, no. La muerte sigue siendo un actor *non grato*, real y muy presente.

A pesar de que la modernidad nos hable del culto al cuerpo, y que incluso se hayan perfeccionado las cirugías estéticas, que el mito de la eterna juventud esté de moda y los cementerios se cubran con grandes bardas y se tapicen con motivos muy estéticos para querer darle la espalda a la muerte, todos vamos a morir en algún momento. Mientras esto llega, aprovechemos el día para vivir siendo agradecidos y solidarios. Humanicemos nuestros entornos.

Démosle gracias a Dios de que, en medio de estos escenarios desoladores, la Iglesia de a pie, teniendo a Jesús como sentido de su existencia, ha expresado con creatividad y con hechos solidarios concretos, que *somos Pascua.*

TESTIGOS DE ESPERANZA ANTE LA INCERTIDUMBRE EN HONG KONG

P. Arturo de la Torre Guerrero, MG*

En 1999, después de haber pertenecido a la Misión de Hong Kong durante 12 años (5 como seminarista y 7 como sacerdote), fui llamado a México para colaborar en la formación de nuestros futuros sacerdotes Misioneros de Guadalupe en el Seminario de Misiones. Recuerdo que, a mi salida, pensaba que regresaría a la Misión después de 3 a 5 años… Indudablemente, Dios tiene su manera de actuar en medio de las fortalezas y las debilidades; mis expectativas iniciales se convirtieron en una estancia de 19 años en la patria. Con mucho agradecimiento a Dios por todo lo vivido y aprendido en las diferentes responsabilidades encomendadas, nunca perdí la esperanza de volver a Hong Kong. Tuve el privilegio de regresar con un espíritu renovado y con la convicción de contribuir en la construcción del reino de Dios en este rincón de China con una doble expectativa: reintegrarme a los planes pastorales y misioneros de la Diócesis de Hong Kong y de la comunidad de Misioneros de Guadalupe y, si Dios así lo permitía, colaborar en el areópago que había sido el área de mi ministerio sacerdotal misionero en la Universidad Intercontinental (UIC): la educación.

Mi reintegración a la Diócesis de Hong Kong fue lenta y un tanto frustrante por la espera en mi asignación de lugar de trabajo; el reaprendizaje del idioma fue más rápido de lo que imaginaba. Fui asignado a colaborar con el P. Fernando Montes en la parroquia de la Madre de Cristo, encomendada a Misioneros de Guadalupe desde hace 20

* Sacerdote Misionero de Guadalupe. Estudió la Licenciatura en Filosofía y el primer año de Teología en la Universidad Intercontinental. En 1987 fue enviado a terminar sus estudios teológicos a la Misión de Hong Kong después de cursar el CESPA; fue ordenado sacerdote en 1992 y regresó a la misma Misión, donde fue vicario por 6 años en la Parroquia del Divino Redentor. En 1999 fue llamado a participar en la formación en el Seminario Mayor de Misiones y, posteriormente, en el Seminario Menor. Estudió la Maestría en Desarrollo Humano en el ITESO; luego, colaboró en la Universidad Intercontinental de 2007 a 2016 y estudió el Doctorado en Pedagogía en la UPAEP. En 2018 regresó a la Misión de Hong Kong, donde apoyó como vicario en la Parroquia de la Madre de Cristo; actualmente es capellán y profesor de tiempo completo en el Caritas Institute of Higher Education.

años. Mi inserción en el campo educativo se dio de modo providencial. La Diócesis de Hong Kong ha fundado escuelas en todos los niveles educativos; éstas gozan, en su mayoría, de buena aceptación por su calidad académica y de formación en valores. En la educación superior, la diócesis ha fundado dos instituciones: Caritas Institute of Higher Education (CIHE) y Caritas Bianchi College of Careers (CBCC), la primera para licenciaturas y posgrados, y la segunda, para diplomados. Se planea que en los próximos años estas dos instituciones se fusionen para convertirse en la Universidad San Francisco, primera universidad católica en Hong Kong.

Poco después de mi llegada, me entrevisté con el P. Joseph Yim, director ejecutivo de Cáritas Hong Kong, quien fue mi formador en el Seminario de Hong Kong; a través de él se abrieron las puertas para que, a menos de tres meses de mi regreso, fuera invitado como capellán de CIHE-CBCC, debido a que el capellán anterior, un sacerdote misionero de la comunidad PIME, estaba viajando a Roma a realizar estudios de posgrado. A tres años de participar en esta institución, el Cardenal John Tong, administrador apostólico de la diócesis, me ha nombrado capellán de tiempo completo a partir de este 1 de septiembre de 2021. Agradecido con Dios por sus bondades y su providencia, estoy comenzando una nueva etapa de ministerio sacerdotal misionero *ad gentes* en esta institución educativa de 3000 estudiantes, de los cuales, menos de 150 son católicos.

He querido compartir mi experiencia de regreso como antecedente para las reflexiones que expondré a continuación, porque ha constituido para mí un aprendizaje significativo de lo que entraña la esperanza ante un futuro incierto, como fue mi regreso a Hong Kong. Dios providente va abriendo puertas de manera magistral. Presentaré, desde una perspectiva un tanto subjetiva, la realidad actual que se vive en los ámbitos social y eclesial en este territorio, así como la forma en que el grupo de Misioneros de Guadalupe está intentando responder a los desafíos misioneros en esta Misión. En particular, me centraré en el área educativa, por ser el ámbito que he trabajado en los últimos años; lo considero como un punto de referencia válido para comprender la importancia de la esperanza cristiana como antídoto ante la incertidumbre. Finalmente, haré algunas reflexiones sobre el sentido de la esperanza cristiana y los desafíos que se nos presentan como misioneros *ad gentes* en una realidad compleja, la de Hong Kong.

1. Realidad social de Hong Kong

Recuerdo que cuando estaba por concluir mi trabajo en la UIC, a finales de 2016, compartía con un grupo de profesores y directivos que me sentía como Jonás, el personaje bíblico, quien estando en el barco huyendo de Dios, sobrevino una gran tormenta que casi hundía el barco en el que viajaba; dicha tormenta terminó cuando Jonás fue echado al mar y fue tragado por una ballena; la referencia la hice ya que precisamente a un mes de haber comenzado mi labor, en 2007, sobrevino una crisis financiera en la UIC, lo que provocó una gran inestabilidad en su desarrollo, haciendo que muchos temieran que, como el barco de Jonás, pudiera hundirse; el tiempo ha mostrado que la importancia en la esperanza fundada en la convicción de la providencia de Dios, unida a acciones concretas, ha sido lo más importante para continuar la misión educativa en la UIC. En aquel tiempo, me preguntaba de manera chusca si mi salida de la universidad sería la "solución" a sus problemas financieros.

Una experiencia similar sucedió luego de mi llegada a Hong Kong, en junio de 2018. A un año exacto de mi regreso, comenzó una serie de acontecimientos que han trastocado la vida social de este territorio, y que se complicaron posteriormente con la pandemia. Me he preguntado, de la misma forma chusca, si esta situación habrá sido ocasionada por mi llegada a la Misión. En junio de 2019, empezó un movimiento social para mostrar el descontento hacia los gobiernos de Hong Kong y de China, ante lo que se ha considerado una falta de participación ciudadana en la vida política y social. No era la primera vez que sucedía, pues en 2014 ya se había dado lo que se llamó "Movimiento de los paraguas". Los principales líderes de este movimiento eran los mismos. En esta ocasión, el motivo que lo causó fue una iniciativa de ley para permitir la extradición de prisioneros entre Hong Kong, China y Taiwán. Muchos ciudadanos expresaron su oposición debido a una falta de confianza en el sistema legal de China; dicha oposición se tradujo en diversas marchas por las calles.

Las protestas sociales convocaron a dos millones de personas (más del 25% de la población de Hong Kong) en junio de 2019; se desarrollaron inicialmente de modo pacífico, pero se tornaron violentas debido a la frustración ante lo que muchos consideraban oídos sordos de las autoridades. La violencia creciente en las protestas se convirtió en la actividad cotidiana de fines de semana durante más de seis meses. Todo

este movimiento despertó una conciencia social en muchas personas, en especial en los jóvenes universitarios, aunque suscitó una gran polarización en la sociedad que, literalmente, paralizó a Hong Kong: en los amarillos (quienes apoyaban las protestas) y en los azules (defensores del gobierno). Dicha división permeó todas las estructuras de la sociedad, incluidas las familias y la Iglesia; además, repercutió fuertemente en la economía de este territorio. En el informe de la Misión de Hong Kong presentado al XI Capítulo General, se lee:

> Las protestas ahuyentaron turistas y gente de China Continental que viajaba al territorio para realizar compras. Muchos negocios tuvieron que cerrar porque se ubicaban en los lugares de las protestas y otros fueron objeto de vandalismo por parte de los grupos de manifestantes [Gutiérrez, p. 2].

Por otro lado, el panorama social de Hong Kong se complicó aún más con la llegada de la pandemia por Covid-19. Este hecho ayudó al gobierno para prohibir reuniones masivas, incluidas las protestas, con riesgo de encarcelamiento a quienes desobedecieran. Esto, aparentemente, apagó el movimiento social, pero, en realidad, el conflicto sigue latente, pues de ninguna manera se solucionó el problema ni sus raíces. Ciertamente las acciones del gobierno local han sido muy efectivas para mantener la pandemia bajo control; pocas sociedades en el mundo pueden preciarse de estar en una situación tan privilegiada en cuanto al número tan bajo de contagios. Desde hace meses, las fronteras están cerradas (a excepción de residentes, quienes deben permanecer en cuarentena de dos a tres semanas, dependiendo del lugar de procedencia), y se han impuesto fuertes sanciones a quienes no usen cubrebocas en espacios públicos, entre otras muchas medidas.

La pandemia ha ayudado a construir una paz superficial (comprendida como mera ausencia de conflicto); asimismo, ha sido el espacio propicio para que el gobierno central de China impusiera una ley que sanciona protestas sociales no autorizadas en Hong Kong: la "Ley de Seguridad Nacional". El objetivo de esta disposición está explicado en sus comienzos:

> Preventing, suppressing and imposing punishment for the offences of secession, subversion, organization and perpetration of terrorist activities,

> and collusion with a foreign county or with external elements to endanger national security in relation to the Hong Kong Special Administrative Region [People´s Republic of China´s Central Government, 2020].[1]

Aunque la ley busca responder a una situación que se iba tornando caótica salvaguardando la seguridad nacional, el temor principal de una gran parte de la población es sobre su interpretación y aplicación en relación a reuniones masivas no autorizadas, que podrían ser fácilmente catalogadas como actos en contra de la nación; por otro lado, la aplicación de esta ley se está dando de forma retroactiva, lo que ha llevado al encarcelamiento de un buen número de líderes sociales que organizaron y participaron en las protestas de 2019.

Toda esta situación ha provocado una profunda falta de confianza hacia las autoridades por parte de un gran sector de la población, incluidos muchos católicos, y una gran desesperanza respecto del futuro de Hong Kong. Además, ha traído una ola de migración de personas, quienes se están mudando en su mayoría a Inglaterra, país que colonizó este territorio por más de 150 años, y que, irónicamente, se ha presentado como la defensora de la democracia en Hong Kong, aunque en su momento, poco la promovió en este territorio. Hace unas semanas, diversos medios de comunicación reportaron datos reales de esta ola de migrantes, como la siguiente nota:

> Nearly 90000 residents have left Hong Kong amid a wave of emigration in the year after the national security law was imposed, leading to a significant 1.2 per cent drop in the city's population […] there had always been steady growth since mid-2003, with an increase rate ranging from 0.2 to 1.1 per cent leading to a population of 7.5 million by the middle of last year [*South China Morning Post*, 12 de agosto de 2021].[2]

En los últimos meses, en muchas parroquias es frecuente ver a católicos despedirse porque están emigrando; muchos de ellos se ven

[1] Traducción libre: "Prevenir, suprimir y castigar delitos de secesión, subversión, organización y consumación de actividades terroristas, así como colusión con otro país o con elementos externos que pongan en riesgo la seguridad nacional en relación a la Región Administrativa Especial de Hong Kong".

[2] Traducción libre: "Alrededor de 90000 residentes han salido de Hong Kong en una ola de migración en este año, desde la fecha en que entró en efecto la Ley de Seguridad Nacional, lo que ha causado una disminución de la población de la ciudad en 1.2% […] Había presentado un crecimiento constante desde 2003, con un incremento del 0.2 al 1.1%, llegando a una población de 7.55 millones a mediados del año pasado".

pesimistas y desesperanzados de Hong Kong, buscando un futuro más estable para sus hijos, aunque en realidad, en su mayoría, no tienen claridad acerca de cómo se desarrollarán en su nuevo destino.

2. Realidad eclesial

En la *Gaudium et Spes* encontramos que:

> La Iglesia, "entidad social visible y comunidad espiritual", avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios [*GS* 40].

Este texto conciliar ilustra de alguna forma la manera en que la Iglesia de Hong Kong ha tratado de desarrollar su ministerio en medio de la inestabilidad social derivada tanto de las protestas como de la pandemia. Durante el tiempo de mayor polarización social, una parte de católicos y del clero adoptaron esta tendencia: algunos simpatizaban y trataban de estar cercanos a los jóvenes que protestaban; otros, se identificaban con la posición gubernamental o con el modo en que la policía respondía. Algunos defendían sus posiciones, incluso con justificaciones bíblicas, y descalificaban a los opositores. Durante ese tiempo, era común escuchar lamentos de frustración o de desánimo por declaraciones hechas por algunos miembros de la Iglesia, o bien, por el silencio de otros, y mostraban su decepción y desesperanza hacia la Iglesia. En esa época, la mayoría de los misioneros extranjeros intentamos mantener una posición neutral y reconciliadora, en particular en las homilías dominicales.

La diócesis misma no estaba viviendo su mejor momento. Mons. Michael Yeung, obispo de Hong Kong, había fallecido unos meses antes, en enero de 2019, y la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos había nombrado a uno de los dos obispos eméritos, el Cardenal John Tong, como Administrador Apostólico. Aunque muchas personas consideraban que el nombramiento del nuevo obispo se daría de manera rápida, dada la importancia estratégica de Hong Kong en relación con China, los hechos probaron que, debido a esta misma razón, tuvieron que pasar dos años y cuatro meses para que el Papa nombrara a un nuevo obispo; la situación, tan complicada

y polarizada de la Iglesia local, así como el desarrollo de las relaciones entre El Vaticano y China, originaron un largo periodo de inestabilidad. Aunque el ambiente de rumores y la falta de visión a largo plazo estuvieron presentes, el estilo conciliador y la sabiduría del Cardenal Tong lograron que la unidad prevaleciera sobre la división.

Es indudable que, como se expresa en el texto de *Gaudium et Spes,* la Iglesia de Hong Kong ha avanzado juntamente con la sociedad, y a pesar de que ha navegado en medio de aguas turbulentas, nos encontramos en una etapa de grandes expectativas como familia de Dios. El nombramiento del actual provincial de los Jesuitas, el P. Stephen Chow, ha sido en realidad algo providencial. Se trata de un hombre profundamente humano y bien preparado, con una sencillez y visión al estilo del Papa Francisco. En la rueda de prensa que dio al siguiente día de su nombramiento, infundió una gran esperanza a la comunidad católica al compartir su visión de unidad eclesial:

> Responding to a query on how he hopes to bring about unity in the Church community, which has been highly polarised in the recent past, Father Chow noted that he has just been appointed as the bishop and he has no big plans. "But I do believe that there is a God who wants us to be united! Unity is not the same as uniformity. I always mentioned in my schools, we must respect unity in plurality. It is something that we must learn to respect —plurality", he said [*Sunday Examiner,* 18 de mayo de 2021].[3]

Vivimos tiempos complicados a nivel mundial, y Hong Kong no ha sido la excepción. Además de las crisis provocadas por la inestabilidad social, la pandemia ha repercutido en el desarrollo pastoral y misionero de la Iglesia. El trabajo parroquial se suspendió durante varios meses, y desde Semana Santa, se ha ido normalizando gradualmente, con asistencia a las parroquias limitada a 50%, y con medidas preventivas concretas impuestas por las autoridades, como el uso obligatorio de cubrebocas, la toma de temperatura en las puertas y el registro de las personas que entran para contactarlos y aislarlos en caso de algún caso de Covid, además de las medidas de higiene en torno de la comunión en misa. Gracias a Dios, los católicos han comprendido el sentido de

[3] Traducción libre: "Respondiendo a la pregunta de cómo espera promover la unidad en la comunidad de la Iglesia, la cual se ha polarizado en los últimos años, el P. Chow respondió que apenas fue electo obispo y que aún no tiene planes específicos. '¡Pero creo que hay un Dios que nos quiere unidos! Unidad no es lo mismo que uniformidad. Siempre lo menciono en mis escuelas, debemos respetar la unidad en la diversidad. Es algo que debemos aprender a respetar –la pluralidad', dijo".

estas medidas y han cooperado incondicionalmente; las parroquias han visto un aumento gradual en el número de fieles que participan de la Eucaristía dominical de manera presencial y todo esto llena de esperanza en un mundo que se mueve en la incertidumbre y el riesgo constante de la salud.

3. Realidad de los Misioneros de Guadalupe en Hong Kong

Los Misioneros de Guadalupe llegamos a este puerto asiático hace 47 años, en 1975. Desde sus inicios, nuestro trabajo misionero ha estado ligado a las parroquias, con una característica muy especial: colaborando con el clero local y sacerdotes de otras comunidades misioneras en equipos pastorales; en mis primeros años como sacerdote, apoyé en la Parroquia del Divino Redentor con dos sacerdotes diocesanos y un padre de Misiones Extranjeras de París. En 2001 se asumió la Parroquia de la Madre de Cristo como una responsabilidad de Misioneros de Guadalupe; desde mi regreso a esta Misión, en 2018, hasta hace días, colaboré como vicario en dicha parroquia.

Durante el caminar de los Misioneros de Guadalupe en esta Misión, hubo intentos de ampliar la colaboración allende las fronteras de este territorio, y en diferentes momentos se enviaron sacerdotes a China, Canadá y Australia, pero la experiencia no tuvo continuidad por diferentes factores. En los planes actuales de la Misión, se ha ido considerando la participación en pastorales especializadas, siendo testigos de esperanza en grupos considerados prioritarios en la misión *ad gentes*; aunque algunos de los padres desempeñan actividades pastorales especiales aunadas a su trabajo parroquial (hospitales, escuelas, prisiones), durante un tiempo hubo un capellán penitenciario de tiempo completo; a partir de este año, dos Misioneros de Guadalupe comenzamos a llevar a cabo trabajos no parroquiales de tiempo completo: el P. Fructuoso López, como coordinador de la pastoral juvenil de la diócesis, y un servidor, como capellán en CIHE-CBCC.

Estos trabajos se convierten en diferentes expresiones del compromiso de Misioneros de Guadalupe, además de la pastoral evangelizadora que se realiza en las parroquias donde estamos presentes; todo esto se efectúa de acuerdo con un plan que se ha desarrollado en los últimos años, como providencialmente se describe en las metas de este año 2021: "Priorizar las oportunidades de contacto con los no cristianos"

(meta 1) y "Concientizar y sensibilizar para llegar a una conversión, tanto a la comunidad de Misioneros de Guadalupe como a la parroquial, de las necesidades de los más alejados y necesitados" (Misioneros de Guadalupe en Hong Kong, 2018).

Estoy convencido de que Dios guía a su pueblo a través de instrumentos humanos y limitados. Los Misioneros de Guadalupe somos un grupo pequeño en comparación con las grandes comunidades religiosas, pero podemos decir como san Pablo: "Todo lo puedo en aquél que me conforta" (*Flp* 4, 13). Aquel que nos conforta es la fuente de nuestra esperanza: Cristo, el Misionero del Padre.

4. Esperanza misionera en el campo de la educación

Aunque acabo de comenzar como capellán de tiempo completo en CIHE-CBCC, mi colaboración inició hace ya tres años. Desde mi experiencia en este tiempo, uno de los desafíos de la pastoral universitaria en Hong Kong es el de ser instrumento de esperanza para estudiantes que, en su mayoría, llegan a este instituto después de haber sido rechazados por las grandes universidades de Hong Kong. Cáritas, en su conjunto, es el brazo de acción social de la Iglesia y tiene toda una gama de proyectos sociales en este territorio, como los centros comunitarios, la capacitación técnica a trabajadores, la atención a familias y a personas con capacidades diferentes.

Antes de ser consagrado obispo, Mons. Michael Yeung fue el director ejecutivo de Cáritas Hong Kong, y fue uno de los grandes promotores de este proyecto de educación superior. Puedo afirmar que CIHE-CBCC era como "la niña de sus ojos", y tenía como un sueño personal ver convertido este proyecto en la primera universidad católica en este territorio. Dios tiene sus caminos, pues aunque lo llamó a su presencia antes de ver su sueño hecho realidad, el obispo Yeung fue uno de los grandes promotores de la filosofía institucional de esta institución educativa, insistiendo constantemente en que debía ser un signo palpable del espíritu de Cáritas: "Service of love for the last, the least and the lost" (Servicio con amor para los últimos, los pequeños y los perdidos), como se explica en la página web oficial de ese instituto.

Desde esta perspectiva es que confirmo la importancia de este desafío educativo: ser testigo de esperanza ante los jóvenes que llegan a formarse en esta institución educativa. Además de las actividades religiosas propias

de la capellanía, uno de los espacios que me ha permitido entrar en contacto directo con estudiantes no-católicos ha sido la docencia, a través de dos medios: una asignatura optativa sobre Doctrina Social de la Iglesia, en la cual la mayoría de los estudiantes que se inscriben no pertenecen a alguna religión, y mi participación en algunas clases de Ética Social, que deben tomar todos los alumnos, con un módulo de Ética Católica.

En el segundo año de impartir estas materias, se dieron las protestas sociales en Hong Kong, y aunque traté de evitar la confrontación y de mantener la imparcialidad, mi mayor desafío fue intentar promover un diálogo desde la perspectiva cristiana con estudiantes totalmente decepcionados de su propia sociedad y con pocas esperanzas y expectativas a futuro. He aprendido a pedir constantemente la sabiduría de Dios; también, me he encontrado con respuestas de todo tipo, desde alumnos que no tienen interés en escuchar otros puntos de vista, hasta otros que abren su corazón para compartir y escuchar. Sembrar esperanza donde parece todo desesperanzador constituye uno de los grandes retos misioneros del siglo XXI, sobre todo desde la perspectiva del gran desafío misionero propuesto por S. Bevans y R. Schroeder (2009): "el diálogo profético". Para muestra de esta experiencia, comparto lo que un estudiante de Trabajo Social escribió en un examen semestral:

> Este curso me ha aportado algo de iluminación. La verdad, la libertad, la justicia y el amor son valores compatibles con el trabajo social. A veces, cuando realizamos trabajo social, necesitamos varios valores y técnicas; la verdad, la honestidad y el amor son actitudes básicas para tratar al cliente [...] así que creo que mientras sea fiel a mis creencias, definitivamente contribuiré a lograr cambios en la sociedad.[4]

Otro de los campos en los que Dios me ha permitido incursionar en CIHE-CBCC, ha sido un proyecto de formación integral llamado "Life Education Programme" (programa de educación para la vida). Se trata de buscar medios para promover los valores de la educación católica y del espíritu de Cáritas en la vida universitaria, incluidos los programas académicos. Coordinar este proyecto me ha permitido colaborar de manera directa con coordinadores de licenciaturas y diplomados, así como con profesores y directivos, en su mayoría no-católicos; participar

[4] 但透過整個課程，帶給了筆者一些啟示，真理、自由、公義及仁愛是一種與社會工作價值相似的理解，有時在實踐社會工作的時間，我們需要運用各種價值及手法，而真實性、誠實、仁愛就是種態度去與案主傾談[…]所以筆者認為只要相信自己信念，一定會為社會帶來改變。

en diálogo con ellos ha sido de gran aprendizaje y una oportunidad para compartir el sentido de la esperanza cristiana con una visión de trascendencia.

Los medios que un misionero utiliza para llevar a cabo su labor en tierras donde los cristianos son una minoría pueden ser muy variados, pero el desafío de hacer presente a Cristo, como signo palpable del amor providente y siempre presente del Padre, es una prioridad que no podemos soslayar.

5. La esperanza con un sentido misionero

En México es común escuchar la palabra “crisis”, ésta se ha vuelto parte de nuestro lenguaje ordinario, por todos los acontecimientos que hemos vivido en las últimas décadas: crisis social, económica, moral, espiritual, etcétera. Algo similar ha sucedido en los últimos años en Hong Kong. Aunque este territorio se ha ido redefiniendo en las últimas décadas, desde que en 1984 se anunció su retorno a China, después de un siglo y medio de haber sido colonia británica, legalmente se han ido estableciendo las “normas del juego” como “Región administrativa especial” de China; sin embargo, el proceso de configuración identitaria como un pueblo que forma parte de China ha sido mucho más lento y con muchas dificultades. Gran parte de la población se reconoce como china (grupo étnico), pero desde el punto de vista social, político y cultural, existe una resistencia muy fuerte. En las décadas de 1980 y 1990, era común escuchar la frase “nosotros los chinos…”; ahora es común escuchar, sobre todo entre la población joven, la palabra “*Hongkonger*” para autodenominarse y, al mismo tiempo, expresar su rechazo a la integración con el resto del país.

Es en este contexto que la palabra “crisis” en el idioma chino adquiere una importancia muy significativa: “危機” es una palabra que, en su conjunto, es la combinación de dos: “peligro” (危險) y “oportunidad” (機會). Los acontecimientos vividos en esta sociedad han representado un riesgo de que lo construido por muchas décadas se haga trizas como resultado de la división, la polarización, el rechazo de quien se considera “adversario” (para utilizar una palabra muy usada en el ambiente político mexicano) y la falta de compromiso al bien común, todo ello como fruto de una gran desesperanza y la falta de confianza en el futuro de Hong Kong. Por otro lado, esta crisis representa una gran oportunidad

para reconocer lo que ya se tiene y de construir una sociedad renovada con los pies puestos en la tierra, promoviendo la unidad en la diversidad, aceptando a quien piensa distinto, con la conciencia de que nadie tiene la verdad absoluta y de que las cosas pueden ser mejores con un sentido de trascendencia, considerada en su sentido amplio, de esperanza y visión a largo plazo.

En este contexto, la Iglesia católica desempeña un papel trascendente y, en ella, los misioneros que hemos estamos colaborando para construir el reino de Dios en este rincón chino. Es importante reconocer la trayectoria que la Iglesia católica ha tenido a lo largo de la historia de Hong Kong, sobre todo de apoyo al más necesitado, como cuando se presentó la inmigración de mucha gente de China durante y después de la revolución, en las décadas de 1950 y 1960. También, es indispensable tener presente nuestro papel como agentes de reconciliación en la década de 1990, justo antes de la transición a China en 1997. En ese tiempo, el Cardenal John Baptist Wu, Obispo de Hong Kong, publicó un documento llamado "March into the Bright Decade" (Marcha hacia la década brillante, 1989); impulsando a ser testigos de esperanza misionera, el Cardenal Wu declaró en los inicios de dicho documento: "We have unfailing confidence in the Lord of History and are full of hope for the future of mankind. In the past few years, many events of an unprecedented nature have taken place, which have enkindled our hopes and they are now burning brightly" (Wu, p. 1).[5]

En estos últimos dos años, ante la polarización de la sociedad y su impacto en la misma Iglesia, el Administrador Apostólico de Hong Kong, Cardenal Tong, publicó el año pasado una carta pastoral en la que, con el mismo Cardenal Wu, exhortó a toda la comunidad católica, incluyendo al clero, a trabajar por la común unidad con un sentido profundo de esperanza cristiana, tomando esta crisis como una oportunidad de renovación en la fe y en la caridad:

> The present time, stressful and burdensome as it may appear, could, after all, turn out to be a blessing for us, since it can make us more deeply aware of God as the key to our human destiny, of the need for a stron-

[5] Traducción libre: "Tenemos una confianza inquebrantable en el Señor de la historia y estamos llenos de esperanza en el futuro de la humanidad. En los últimos años han acontecido muchos eventos sin precedente, los cuales han encendido nuestras esperanzas y permanecen brillantemente encendidas".

> ger sense of solidarity among members of the human family, and of the significance of maintaining Church communion, though allowing for a "diversity" in Church life [Tong, 2020].[6]

Nada de lo que sucede en la sociedad de Hong Kong es ajeno a la Iglesia; su lugar preponderante en los diversos campos sociales, en especial de influencia en las conciencias de muchas personas, se vuelve un referente de esperanza y un signo profético del amor de Dios por toda la humanidad.

6. Desafíos y conclusión

Para terminar estas reflexiones nacidas de la experiencia personal e iluminadas por algunos textos eclesiales, quiero compartir cuatro desafíos que, desde mi punto de vista, surgen al misionero, y en específico al Misionero de Guadalupe, en la labor misionera en Hong Kong en el contexto de la incertidumbre hacia el futuro: primero, ante una sociedad polarizada, estamos llamados a ser signos proféticos de unidad en la diversidad, aceptando incondicionalmente a quien piensa diferente, en particular reconociendo en la comunidad eclesial al otro como un hermano. Segundo, como complemento del anterior, hemos de ser puentes de comunicación y de reconciliación, aun cuando esta posición deje insatisfechos a algunos; no se trata de intentar quedar bien con todos, sino de un compromiso por la construcción de una sociedad unida, con la convicción de que el perdón es la única salida que puede sanar de raíz el odio y el rechazo mutuo. Tercero, debemos ser Iglesia en salida en el sentido propuesto por el Papa Francisco, incluso en medio de las limitaciones impuestas por la pandemia; es en la vida ordinaria del católico y del no-cristiano donde debemos buscar oportunidades de encuentro esperanzador. Finalmente, y como resultado de lo anterior, tenemos el desafío de ser testimonio viviente del amor de Jesús por todos.

Con estos desafíos en mente, termino este escrito citando unas frases que el Papa Francisco dirigió en un rezo del Ángelus en 2015, abordando el problema de refugiados; considero que resume en gran medida el mensaje central que he intentado compartir:

6 Traducción libre: "El tiempo presente, tan estresante y gravoso, podría, después de todo, llegar a ser una bendición para nosotros, porque nos puede concientizar más profundamente de Dios como el guía de nuestro destino humano, de la necesidad de un sentido de solidaridad más fuerte entre los miembros de la familia humana, y del significado de mantener la comunión eclesial, a la vez que se reconoce una 'diversidad' en la vida de la Iglesia".

> Ante la tragedia de decenas de miles de refugiados que huyen de la muerte por la guerra y el hambre, y están en camino hacia una esperanza de vida, el Evangelio nos llama a ser "prójimos" de los más pequeños y abandonados. A darles una esperanza concreta. No vale decir sólo: "¡Ánimo, paciencia!...". La esperanza cristiana es combativa, con la tenacidad de quien va hacia una meta segura [Papa Francisco, 2015].

Referencias

Bevans, S. y R. Schroeder, *Teología para la Misión hoy. Constantes en contexto*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 2009.

Cardenal Tong John, *Pastoral Letter In communion with the Church*, 21 de septiembre de 2020. Recuperado de: https://catholic.org.hk/en/pastoralletter-in-communion-with-the-church/

Gutiérrez, Mario, *Informe de la Misión de Hong Kong al XI Capítulo General*, Hong Kong (documento interno), 2020.

Misioneros de Guadalupe en Hong Kong, *Programación. Misión de Hong Kong 2018-2021*, Hong Kong (documento interno), 2018.

Papa Francisco, Ángelus, 6 de septiembre de 2015. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2015/documents/papa-francesco_angelus_20150906.html

Papa Paulo VI, *Constitución Pastoral Gaudium et Spes, sobre la Iglesia en el mundo actual*, 7 de diciembre de 1965. Recuperado de: https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

People's Republic of China's Central Government, *The Law of the People´s Republic of China on Safeguarding National Security in the Hong Kong Administrative Region*, 30 de junio de 2020. Recuperado de: https://www.gld.gov.hk/egazette/pdf/20202448e/egn2020244872.pdf

South China Morning Post, *Hong Kong experiences alarming population drop, but government says not all 90000 leaving city because of national security law*. Recuperado de: https://www.scmp.com/news/hong-kong/society/article/3144845/hong-kongs-experiences-alarming-population-drop-government

Sunday Examiner, *There is a God who wants us to be united, says bishop elect*, 18 de mayo de 2021. Recuperado de: https://www.examiner.org.hk/2021/05/18/there-is-a-god-who-wants-us-to-be-united-says-bishop-elect/news/hongkong/

Wu, John Baptist Bishop, *March into the Bright Decade*, 14 de mayo de 1989, Catholic Diocese of Hong Kong, Hong Kong.

EXPERIENCIA DESDE EL SERVICIO MISIONERO EN JAPÓN

P. Ignacio Martínez Báez, MG*

1. A manera de introducción

Un contexto confuso donde varios sentimientos y aspectos se han mezclado de una forma un tanto complicada.

Estoy escribiendo este texto desde la cuidad de Tokio, Japón, en la segunda quincena del mes de agosto, en el que conmemoramos 76 años de la tragedia de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, el cual es un momento de dolor, de luto, pero también de oración, es una oportunidad para escuchar, como cada año, las voces de los últimos supervivientes de esta gran tragedia. Los testimonios de aquellos hombres y mujeres que, desde niños, han pasado este mensaje de generación en generación, y que aún siguen llevando en sus corazones y en sus cuerpos esas heridas que, por desgracia, siguen abiertas y que son un grito, un reclamo para trabajar por la verdadera paz y entendimiento entre los pueblos y naciones.

Especialmente en las nuevas generaciones, se podría decir que existe un ambiente de cierto "desdejo", una especie de sentir general, como si el dolor y la desgracia de aquel agosto de 1945 ya fuera un hecho de un pasado del que ya no queremos ni necesitamos acordarnos más.

Por otro lado, estamos en medio de la tercera "Declaración de Emergencia Sanitaria", a causa del aumento desmedido de personas

* Nació en la Ciudad de México el 5 de noviembre de 1962, ordenado sacerdote Misionero de Guadalupe el 15 de agosto de 1992. Obtuvo el Bachillerato en Teología por la Universidad Sofía de Tokio, Japón. Diplomado en Habilidades Gerenciales por la Universidad Intercontinental y la Licenciatura en Filosofía por la misma universidad. Diplomado en Espiritualidad Misionera por el Centro Internacional de Animación Misionera (CIAM) de la Universidad Urbaniana de Roma. Maestría en Desarrollo Humano por la Universidad Jesuita de Guadalajara (ITESO). Como sacerdote misionero ha trabajado durante 20 años en Japón, ha sido Superior de los Misioneros de Guadalupe en este país, Director de la Dirección de Desarrollo en la Ciudad de México, Director Espiritual del Seminario Menor de Misiones en Guadalajara, Jal. Actualmente es el Director del Departamento de Asuntos Sociales de la Conferencia Episcopal de Japón (CBCJ) en Tokio.

contagiadas de Covid-19, nunca se había visto en Japón, desde que empezaron a contabilizarse los contagios, oficialmente en enero de 2020, que se llegara a la cifra de más de 10000 contagios en un solo día en todo el país, especialmente con el aumento de casos de la nueva variante llamada "Delta", que es mucho más agresiva y que está atacando a personas entre los 20 y 40 años que aún no están vacunadas.

Por otro lado, las Olimpiadas de Tokyo 2020, que comenzaron el viernes 23 de julio, han concluido el pasado domingo 5 de agosto, en medio de muchas polémicas y discusiones sobre lo que ha significado para el pueblo de Japón y para la humanidad celebrar estos xxxii Juegos Olímpicos de la era moderna, que tuvieron como lema: "Unidos por la emoción".

A pesar de todas las dudas, temores y polémicas, el mundo confirmó a Japón como el pueblo que organizara los Juegos Olímpicos para una humanidad sedienta de buenas noticias, en medio de esta pandemia que lleva más de 18 meses azotando a la humanidad entera con millones de seres humanos muertos y víctimas de este virus.

Desde Tokio se trató de enviar un mensaje de esperanza y solidaridad para el mundo, como lo dijo Thomas Bach en el discurso de clausura de estas Olimpiadas, el domingo 5 de agosto en la noche, desde un Estadio Nacional de Japón vacío y con la presencia de unos cuantos atletas e invitados especiales que pudieron participar en esta ceremonia.

Mi reflexión tratará de girar en torno de la esperanza, pero no solamente como la presenta el mundo de las agencias publicitarias o las empresas patrocinadoras sedientas de "noticias rentables", sino tratando de ser congruente con nuestra perspectiva de fe y esperanza, que el Señor Jesucristo ha traído a la humanidad con su propia vida, su muerte y su resurrección, de las cuales nosotros somos testigos y responsables de compartir con la humanidad.

2. Una reflexión preliminar desde Japón en torno de esta justa olímpica, paralímpica y en torno de la pandemia

Considero que, de alguna manera, especialmente en este 2021, en medio de esta pandemia, los atletas olímpicos se han convertido en una especie de modelos para la humanidad. Pero en esta ocasión, aún lo son más para una humanidad "enferma" que necesita modelos de gente fuerte, sana, que ha superado la pandemia. Son los nuevos héroes para un

mundo encerrado en sí mismo y cansado de luchar contra este enemigo invisible.

La humanidad siempre ha combatido a los virus y a otros enemigos de la salud, creando nuevas vacunas, buscando nuevos tratamientos; sabemos que el sistema médico mundial se ha tenido que mover a marchas forzadas y responder rápidamente a partir de los nuevos datos que aparecían y las nuevas evidencias científicas que han puesto a prueba la capacidad de resiliencia de nuestra frágil humanidad en estos tiempos de crisis y dolor.

Por otro lado, creo que en estas semanas de "fiebre olímpica" hemos tenido la oportunidad de palpar que vivimos en una humanidad escandalosamente desigual; por ejemplo, ¿qué sentirían al ver en un televisor o en un teléfono celular, los Juegos Olímpicos de Tokio los hermanos que viven hacinados en los campos de refugiados rohingyas en Bangladesh, o en los campos de Grecia, donde miles de refugiados de Irak, Siria y Afganistán viven en condiciones infrahumanas?, o ¿qué decir de nuestros hermanos en Palestina?, ¿qué mensaje recibieron los niños de los tugurios de Kibera en Kenia, de São Paulo en Brasil, los niños de la calle de la Ciudad de México, de los barrios perdidos de Caracas, Venezuela, o de Puerto Príncipe, en Haití, nuestros hermanos de México y Centroamérica que arriesgan sus vidas para cruzar una frontera inhóspita en busca de un sueño, en ocasiones inalcanzable, en Estados Unidos? Y, por supuesto, en otros muchos lugares y rincones más de nuestro mundo tan convulsionado, donde millones de hermanos nuestros lloran y sufren por diversas causas.

¿Hubo alguna televisión presentando atletas, mostrando todo lo que es posible hacer en el deporte para el ser humano sano, en algún hospital con enfermos terminales, luchando entre la vida y la muerte?, ¿habrá algún médico o enfermera, exhausto de cuidar y atender a cientos de enfermos muriéndose de Covid-19, que quiso distraerse un poco viendo deportistas llenos de vida, ganando medallas de metal en unos Juegos Olímpicos de Tokyo 2020, que parecían tan lejanos y fuera de la realidad de tristeza y dolor que se vivían en ese hospital?

Por otro lado, viendo el tablero de las medallas olímpicas, se repartieron 337 medallas de oro en total, de las cuales sólo cinco países –algunos de los cuales tienen mayor población y recursos económicos como son Estados Unidos, China, Japón, Inglaterra y el Comité Olímpico de Rusia– se llevaron 146 medallas; todos los demás recibieron las

restantes 191 medallas de oro. Para mí, esto refleja también las grandes diferencias que existen en los países más pobres y sin recursos, para promover un deporte de alto rendimiento que pueda verse como algo común para toda la humanidad. Hay muchas naciones que nunca han ganado una medalla olímpica, no porque no sean capaces de lograrlo, sino porque los medios y las posibilidades para ello no están al alcance de sus pobladores.

Por otro lado, los Juegos Paralímpicos comienzan el 25 de agosto; seguramente será una posibilidad de poner la atención mediática hacia los más vulnerables; la sociedad japonesa, en general, presta atención a la discapacidad como objeto de ayuda. Así que es muy probable que con este evento Japón demuestre al mundo su positividad, su atención a los débiles, a los discapacitados, a los que por nacimiento o accidente tienen una vida diferente, difícil, pero que apuestan por vivir intensamente, que juegan, se esfuerzan y se convierten en un estímulo, constatando que el valor y la esperanza, la capacidad de superar los propios límites, conducen a ser más humanos y fraternos. El mensaje será el de vivir siempre hacia adelante, reconocer que, a pesar de todos los obstáculos, es bueno vivir. Incluso en una sociedad como la japonesa, que exige la excelencia, la meritocracia es lo común; entonces, ver a estos atletas paralímpicos de todo el mundo, sin duda, será un estímulo en estos momentos. Especialmente para las generaciones más jóvenes, que esta experiencia les ayude a ver su propio presente y futuro con fe y esperanza en que siempre es posible seguir adelante, a pesar de las adversidades y los retos.

3. Un poco de mi vida ordinaria en la cuidad de Tokio

Con todos los cuidados requeridos, prácticamente he seguido mi rutina diaria de vida en esta metrópoli y en mi servicio sacerdotal y de trabajo en las oficinas de la Conferencia Episcopal de Japón durante estos Juegos Olímpicos, y quizá será igual para los próximos Juegos Paralímpicos. Las oficinas están muy cerca del Centro Acuático de Tokio, que fue la sede principal de las competencias de natación, y la alberca de Tatsumi, donde fueron las competencias de waterpolo, así como la sede de tiro con arco en el Parque Yumeshima. En mi trayecto cotidiano, de lunes a viernes en el metro y el tren suburbano, en la mañana y en la tarde, observé muchos voluntarios olímpicos saliendo temprano o regresando

de su servicio durante este evento, así como autobuses de los atletas yendo a las competencias, escoltados por la policía para mantener la famosa "burbuja olímpica" y prevenir cualquier contagio. Parece que, en términos generales, se manejaron aceptablemente bien los riesgos de contagio del personal olímpico, los atletas estuvieron "escoltados" todo el tiempo y no tuvieron ningún contacto con este pueblo. Lo que no sucedió con la sociedad en general, que en la vida diaria continúa sufriendo altos índices de contagios en los ámbitos local y nacional.

Los fines de semana tengo la oportunidad de colaborar en algunas comunidades internaciones, en cuatro parroquias de la Arquidiócesis de Tokio, cumpliendo con todos los protocolos de seguridad sanitaria, celebrando la Eucaristía y participando en el servicio pastoral para comunidades de hermanos de habla hispana, de España y Latinoamérica, así como de habla inglesa de varios países, especialmente de Filipinas y algunos de África, la gran mayoría de ellos, obreros no calificados que viven en condiciones de trabajo difíciles, sobre todo en medio de esta pandemia. De este modo, puedo vivir en carne propia sus necesidades, anhelos y la catolicidad de la Iglesia como una gran familia multiétnica y multicultural, por medio del contacto con hermanos de diversas culturas, mentalidades y tradiciones, pero unidos por la fe, la esperanza y el amor en Cristo, y nuestra pertenencia a la comunidad eclesial.

Considero una gracia de Dios vivir este momento concreto de la historia mundial y de este pueblo de Japón como misionero, viviendo y trabajando en esta gran urbe cosmopolita de Tokio. Todo esto, en medio de estas circunstancias que pudieran dar la impresión de que nos roban los motivos y razones para la esperanza, para la fe y para el amor, como si fueran frágiles pétalos de una pequeña flor que se nos van de las manos.

4. Dar razones para la esperanza en el momento actual (*1a. Pedro* 3, 15)

Creo que nuestro servicio misionero a la humanidad es acompañarle para que pueda darse cuenta de toda la bondad existente, en un momento en el que el mundo necesita más que nunca recordar que el amor al prójimo no es una ilusión, que en medio de esa disposición que nace desde el fondo del corazón, vivir y morir por la fe es algo que nos une más allá de un credo o de una religión.

Evangelizar es, asimismo, ayudar a crear conciencia sobre las atrocidades que están ocurriendo en nuestro mundo, donde los más vulnerables son víctimas inocentes de la injusticia, el maltrato y la explotación.

Por ejemplo, imagino que en países de una mayoría religiosa, ya sea cristiana, musulmana o hinduista, la responsabilidad de cuidar a las minorías étnicas y religiosas debe tener especial cuidado en el respeto, la aceptación incondicional y la tolerancia positiva de unos a otros, en particular en lugares devastados por la guerra y el hambre.

Nosotros estamos llamados a contar historias diferentes, a vivir la narrativa evangélica de que las distintas razas y credos pueden coexistir y trabajar en unidad y respeto mutuo; creo que, desde esta perspectiva nuestra presencia y labor misionera está llena de sentido y posibilidades. También, en estas circunstancias, anunciar el Evangelio de Jesucristo es denunciar proféticamente lo que se opone a los valores del mensaje y al amor de Cristo, de ahí que es nuestra responsabilidad hablar no de cientos, sino de miles de historias desgarradoras que son resultado del egoísmo y el odio que ha llevado a tantas guerras y discriminaciones inútiles e innecesarias, que es imperativo erradicar de nuestro mundo, de nuestros países, de nuestros entornos y de nuestros propios corazones.

Somos misioneros llamados y enviados por el Señor a tocar, acompañar y animar a personas "de carne y hueso", en todos los ámbitos de la vida y la sociedad, como Él lo hizo en su vida en Palestina. Tal como Él "pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio" (*Hech* 10, 38), nuestro servicio se sitúa en no permitir que nadie quede fuera del maravilloso proyecto de amor por cada ser humano, que se plasmó en la pasión por la construcción del reino de Dios en la tierra, que es el anhelo más profundo del corazón de nuestro Señor Jesús (*Lc* 12, 49).

5. Algunas propuestas específicas para nuestro servicio como misioneros de la esperanza en la realidad de la sociedad japonesa

En medio del contexto de este país, quisiera proponer algunos puntos concretos para ser mensajeros de la esperanza del Evangelio en el aquí y el ahora.

En términos generales, me atrevería a decir que Japón es una sociedad que no es promotora de la diversidad, es un tanto alérgica

a todo lo que es distinto, a lo que es extranjero, a lo que no encaja en los esquemas de la mayoría "japonesa"; entonces, a nosotros nos corresponde ser "puentes" y promover lazos para unir e involucrar a personas y grupos de todas las edades y habilidades, de religiones y orígenes para que podamos vivir juntos en armonía en una fraternidad universal donde la sociedad pueda construirse desde los valores que el Papa Francisco nos ha marcado certeramente en su más reciente encíclica *Fratelli tutti* (firmada el 3 de octubre de 2020). Entre los valores mencionados, tenemos el diálogo y la amistad social (Cap. VI), y el ver a las religiones no como pretexto para la confrontación y la división, sino como servidoras de la fraternidad entre los hombres (Cap. VIII). Creo que en Japón el diálogo interreligioso a todos los niveles debe ser una prioridad natural; de nuestra manera de ser y vivir en medio de este pueblo japonés, los cristianos –desde la humildad– debemos reconocernos como una minoría religiosa que debe ser fiel a nuestra esencia, pero, a la vez, respetuosa del contexto sociorreligioso de este pueblo, y creer que es posible el diálogo con hermanos de otros credos y religiones. En este momento que se podría describir de crisis humanitaria mundial, el diálogo interreligioso basado en la humildad y el respeto es más necesario que nunca. Trabajar de la mano junto con los hermanos de las sectas budistas y shintoistas mayoritarias en este país es un imperativo de nuestro estilo de misionar en Japón para buscar juntos la defensa de los derechos humanos, la eliminación de todo tipo de discriminación y la promoción de la paz y la justicia social, así como el entendimiento mundial.

Como ministros religiosos es nuestra misión devolver a la realidad aquel Paraíso del Génesis, donde toda la Creación vivía en armonía, respeto y comprensión entre las creaturas, entre los seres humanos y, sobre todo, en un profundo amor con el Creador, independientemente del credo o religión que se profese, pues todos somos una sola familia que vive en la "Casa Común", que es lo que el Papa Francisco nos ha invitado a practicar por medio de la educación y espiritualidad ecológica (Cap. VI) y la ecología integral (Cap. IV) de la encíclica *Laudato Si* (24 de mayo de 2015), que es otro campo privilegiado de acción conjunta con nuestros hermanos de otras confesiones cristianas y religiosas.

Otro campo de trabajo específico es colaborar para generar un ambiente más propicio para la creación de una sociedad multicultural, multiétnica, por medio del acompañamiento y protección de nuestros hermanos que vienen de otros países a trabajar, como obreros, para

sostener una sociedad japonesa envejecida que necesita mano de obra barata y desechable. Desde hace varios años, el gobierno japonés ha intentado diseñar esquemas migratorios para promover la entrada de obreros no calificados provenientes, primero, de Latinoamérica, y ahora, de países del sureste asiático, que sean la mano de obra barata y desechable para sostener la industria y la economía japonesas, proclamando que es una manera en la que Japón alienta la educación técnica y laboral de los jóvenes de países en vías de desarrollo. Sin embargo, siempre se ponen en riesgo los derechos humanos fundamentales de estos hermanos que vienen en condiciones de total indefensión creyendo que hallarán mejores posibilidades de vida. Ya la ONU ha señalado este sistema de estudio-trabajo como una nueva forma de esclavitud, pues es un modo en que el gobierno y los patrones pueden explotar "legalmente" a estos jóvenes indefensos en un país extraño que sólo los ve como piezas desechables de un engranaje fabril inhumano. Se podría decir que en Japón no hay una política migratoria integral acorde con el contexto mundial, ya que sólo tiene leyes migratorias que están más en función de controlar e impedir la migración, así como perseguir delitos migratorios, y no promover y cuidar a aquellos que tienen el derecho de buscar mejores condiciones de vida, que tocan las puertas de este país. De ahí que sea de los "7 grandes", que tiene los índices más bajos y escandalosos de aceptación y protección de refugiados. No es una nación que fomente la migración, sino que la tolera a pesar de que, en realidad, necesita, como cualquier otro país del mundo, reconocer el derecho a la migración y requiere de hermanos de otros países para poder desarrollarse íntegramente en esta sociedad global mundial.

En este mundo, que se mueve más en la indiferencia nacionalista, que cierra fronteras y construye muros, donde el silencio es cómplice ante las injusticias evidentes de los fuertes y poderosos hacia los más empobrecidos y marginados, nuestras voces son necesarias, la voz de Cristo es necesaria para generar conciencia de lo que está sucediendo en los pueblos y naciones más olvidados y despreciados, para que la solidaridad y la ayuda mutua internacional se ejerzan con el fin de hacer realidad la verdadera paz, el desarrollo y la fraternidad en el mundo.

Japón es una economía, un sistema político social y de seguridad militar que depende principalmente de las decisiones de Estados Unidos; por lo tanto, vive bajo la ideología de la seguridad nacional, desde los intereses y propósitos de esa nación, lo cual hace muy complicado que tenga políticas independientes de las de su benefactor, pues según

estadísticas de 2020, hay 78 instalaciones militares de Estados Unidos (incluidas bases) distribuidas de norte a sur en 13 prefecturas, de ahí que sean muy pocas las iniciativas propias dentro del concierto internacional cuando su seguridad exterior depende de dicho país.

De ello se desprende otro campo importante de acción para nosotros: el trabajo por la paz entendido desde la experiencia de la guerra. Japón, en su historia, ha sido un pueblo que ha vivido en medio de guerras internas entre señores feudales, desde la época medieval y posteriormente, al hacer la guerra con otros países de Asia. Pero, de manera especial, el dolor de la tragedia de las bombas atómicas vivida por este país el 6 y 9 de agosto de 1945, siendo el único pueblo que ha vivido en carne propia lo que es la enorme destrucción causada por las armas nucleares. La lucha por la erradicación de las armas nucleares debe ser la misión y la responsabilidad de Japón ante el mundo, no puede ser indiferente ante la carrera armamentista de las potencias nucleares, después de lo vivido en la carne y la sangre, y las lágrimas derramadas por este pueblo. Nosotros debemos trabajar por la paz, como nos lo pide Jesucristo en el Evangelio (*Mt* 5, 9), por ejemplo, desde los movimientos antinucleares, aunque no hay que olvidar que no sólo se trata de erradicar las armas, sino todo tipo de uso y promoción de energía nuclear. Ha quedado comprobada científicamente la peligrosidad y la inviabilidad del empleo de la energía atómica para usos no militares, como lo sería las plantas generadoras de energía eléctrica a partir de combustibles nucleares. Asimismo, Japón ha sido víctima, junto con otros países, de la vulnerabilidad de la población en los accidentes nucleares, como el de los reactores de la Planta de Fukushima Daicihi. La energía atómica en sí no es una solución al problema energético, sino un problema que el ser humano no es capaz de manejar y resolver de modo adecuado.

Nosotros debemos estar cerca de nuestros hermanos de Fukushima que han sufrido este accidente, que les ha obligado a dejar sus tierras y los ha convertido en refugiados e indeseables dentro de su propio país, siendo todos ellos objeto de discriminación de esta sociedad.

Pudiera parecer increíble que, en una sociedad que aparenta ser tan avanzada tecnológicamente como la de Japón, existan castas o grupos de “indeseables” o “impuros”, entre ellos se encuentran ciertos grupos sociales discriminados llamados “buraku min”, que son personas señaladas por su origen o su profesión, así como los enfermos de lepra, que hasta hace pocos años, todavía no eran considerados verdaderos ciudadanos

con todos los derechos. También, los descendientes de esclavos chinos y coreanos, que fueron obligados a trabajar en Japón en condiciones inhumanas durante la ocupación y la época de la Segunda Guerra Mundial para sostener la acción bélica del Imperio japonés; y aunque ya son personas nacidas, que viven y tienen su familia y trabajo en Japón, no cuentan con los mismos derechos que un ciudadano japonés "puro", pues son descendientes de extranjeros; la atención, cuidado y servicio a estos grupos vulnerables debe ser una prioridad en nuestro servicio y actividad misionera.

6. A modo de conclusión

Reconozco que no pude abordar en este escrito algunas otras minorías de este país, minorías que reclaman nuestra atención y cuidado, que están sedientas de esperanza, así como otros temas importantes. Por ejemplo, faltó hablar del alto índice de suicidios entre niños y jóvenes, la soledad y abandono de tantas personas de la tercera edad, la discriminación que sufren los hermanos que viven alguna discapacidad física o psicológica, los niños y adolescentes abandonados sin posibilidades de salir adelante en la vida, las familias destrozadas, la gente desechada de la sociedad que vive en la calle sin posibilidades de trabajo, entre otros asuntos.

Nuestro mensaje no es otro más que la solidaridad, el amor, la justicia y paz entre todos los seres humanos, lo cual no se puede quedar sólo en palabras huecas, sino que debemos transformarlas en realidades posibles, en el aquí y el ahora, que con nuestra vida, con cada hecho, cada palabra de apoyo y cariño, cada gesto de comprensión, de respeto, de inclusión y tolerancia, estemos abriendo la posibilidad real en la construcción de instituciones, estructuras, grupos, que edifiquen una historia distinta, que hablen de algo que ya sucede en nuestra propia generación, que está ocurriendo ahora mismo y que queremos poner en la manos de Dios, que es amor y vida, con toda nuestra fe y esperanza, que quiere profundamente que todos y cada uno de los seres humanos vivamos en esa felicidad, como una sola familia de hermanos conviviendo y cuidando nuestra casa común.

LA IMPORTANCIA DE LA FORMACIÓN Y PARTICIPACIÓN DE LOS LAICOS EN LA NUEVA NORMALIDAD EN MOZAMBIQUE

P. José Roberto Cruz Pérez, MG[*]

Introducción

En un curso de "Inserción de Nuevos Misioneros", en el que tuve la dicha de participar, nos compartieron un cuento tradicional de Mozambique, el cual me ha ayudado a entender mejor cómo debe ser la evangelización en estas tierras, así como a tener cuidado en mis acciones y comentarios; desde ese momento, siempre que me invitan a hablar sobre la evangelización en África, no dudo en introducir este cuento llamado "El mono que salvó un pez":

> Una tarde de verano, un mono paseando, llega a la orilla de un río y se asoma, curioso, a las aguas. Ve a un animal casi inmóvil que respira con dificultad. El mono, compasivo, hunde su largo brazo en la corriente y saca, para salvarlo, al pobre animal jadeante. El pez se agita en la mano del mono y el mono se dice, contento: la vida vuelve a él, pero de repente, el pez deja de moverse. Está muerto. ¡Qué desgracia!, suspira el mono ¡no llegué a tiempo de salvarle![1]

---

[*] Ingresó al Seminario de Misiones en agosto de 2003, realizó sus estudios de Filosofía en la Universidad Intercontinental. En 2018, fue enviado a continuar con su formación inicial en el Centro de Formación en África de los Misioneros de Guadalupe, en Kenia. En 2009 ingresó al Hekima College, donde concluyó sus estudios de Teología. Fue ordenado diácono el 5 de agosto de 2012 en la Parroquia de Christ the King en Kibera, Kenia, y enviado posteriormente a la Misión de Mozambique, donde ejerció su ministerio en la Parroquia de San Antonio de Machipanda. El 30 de noviembre de 2013 fue ordenado sacerdote en la Catedral de Puebla y en enero de 2014 regresó a Mozambique para ser vicario de la Parroquia de San Antonio de Guro. Desde enero de 2016 ha sido formador del Seminario Propedéutico San Carlos Lwanga de la Diócesis de Chimoio. Actualmente, el P. Cruz Pérez es el Superior de la Misión de Mozambique de los Misioneros de Guadalupe.

[1] Mia Couto, "Historia do Macaco que salvou o peixe", en Soledad Puertolas, Tierra Sonámbula, 1 de octubre de 2000, revista *Nexos:* https://www.nexos.com.mx/?p=9798

El 10 de mayo de 2021 se publicó la Carta Apostólica *Antiquum Ministerium*, la cual habla de la importancia de los catequistas y, a mi parecer, al referirse a los laicos, es necesario que reconozcamos su contribución para la Iglesia y, sobre todo, que veamos que es esencial trabajar "unánimemente en la obra común".

> Los pastores no dejen de hacer propia la exhortación de los padres conciliares cuando recordaban: "Saben que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, sino que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus servicios y carismas de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común" [*Lumen gentium, 30*]."[2]

El reto de la "nueva normalidad"

Estamos viviendo un tiempo especial al cual llamamos "nueva normalidad" y, junto con ese término, vemos otros nuevos en nuestro lenguaje, pues ahora hablamos de "sanitizar"[3] "sana distancia", "aislamiento social", etcétera. Al mismo tiempo, vamos implementando nuevos hábitos en nuestra vida cotidiana, como lavarnos las manos constantemente, el uso de cubrebocas, el estornudo de etiqueta, entre otros. Por otro lado, vemos cómo esta nueva normalidad nos presenta un entretenimiento por el que no necesitamos salir de casa, la comida llega a nosotros, el *home office* se volvió una nueva manera de trabajo, las clases en línea se presentaron como alternativa para resolver el problema educativo y, por lo tanto, las familias pasaron 24 horas en casa y, con todo esto, presenciamos un cambio drástico en nuestra sociedad.

Cuando comenzó la pandemia, muchos sacerdotes, religiosos y laicos comprometidos inundaron las redes sociales con una nueva forma de evangelizar, empezaron a transmitirse misas en línea desde las diferentes plataformas. TikTok, YouTube, Facebook, Instagram y Twitter se volvieron esos nuevos areópagos donde la Iglesia ha intentado entrar y evangelizar.

Quizás esta realidad ha nublado la visión de mucha gente y no les permite ver que existe un gran número de personas sin acceso a

[2] Papa Francisco, *Antiquum Ministerium*, Carta Apostólica en forma *"Motu Proprio"* con la que se Constituye el Ministerio de Catequista, 10 de mayo, 2021, núm.11.

[3] En español no existe este término, sin embargo, en la vida diaria ha ido implementándose la palabra "sanitizar".

esta nueva normalidad, porque, desde lo más básico, que es lavarse las manos, es exclusivo para los que tienen agua en casa y muchas personas deben caminar kilómetros para encontrar agua potable. Asimismo, las redes sociales tienen exclusividad y existen extensiones enormes donde no hay internet, sin tener en cuenta que, para usarlo, se requiere de un dispositivo y dinero para comprar datos.

Ése es el desafío al que nos enfrentamos en Mozambique, porque cuando inició el confinamiento, el país se cerró, no se autorizaron visas para nuevos misioneros por más de un año, muchos negocios cerraron y con esto, muchos perdieron sus empleos, las escuelas tuvieron que cerrar y no hubo oportunidad de presentar alguna alternativa educativa al Ministerio de Educación, y claro está, las iglesias también cerraron sus puertas, incluso me atrevo a decir que cada que comienzan las restricciones, los primeros lugares que deben cerrarse y, por consiguiente, cuando es el momento de reapertura, son los gimnasios, los bares y las iglesias, y nos dimos cuenta de que no estábamos preparados para una contingencia de esta magnitud y no hubo oportunidad de estructurar algún plan pastoral para este tiempo.

En el plano parroquial y diocesano en Mozambique, se cancelaron las formaciones en todos los niveles, la catequesis, centros de formación, muchos seminarios y casas religiosas tuvieron que cerrar por falta de una infraestructura que mantuviera la formación.

Los movimientos seculares, como Legión de María, Franciscanos de la Tercera Orden Secular, Sagrado Corazón, entre otros, intentaron continuar con el rezo del rosario en pequeños grupos o en familia y ayudaron a personas necesitadas; sin embargo, con el pasar de los meses, comenzaron a enfriarse y después de un año, es más difícil hacer que se reúnan.

Con tristeza puedo afirmar que muchas personas, al decir que se cerraban los templos, entendieron que estaba prohibido rezar y no sólo se alejaron de la Iglesia, sino que se olvidaron de Dios. Por otro lado, veo el desafío al cual se enfrenta la Iglesia, especialmente en los lugares de Misión, donde en muchas de nuestras comunidades tendremos que empezar de nuevo con el acompañamiento de los fieles, dar formación a nuestros catequistas y reiniciar la catequesis, y creo que esta misma realidad nos hace ver la importancia de preparar a nuestros laicos, hacerlos conscientes de su ser misionero; considero que es momento de proponer, tener iniciativas y ser creativos para continuar con la misión que nos fue encomendada.

Vocación de los laicos

Creo que, en estos tiempos, es importante recordar que todos fuimos "incorporados en Cristo por el bautismo, constituidos en Pueblo de Dios",[4] es por esto que debemos contagiarnos y contagiar a nuestros laicos de nuestro ser misionero, pues como Iglesia tenemos el mandato de seguir anunciando el Evangelio "ay de mí si no anuncio" (*1a. Cor* 9, 16) y sabemos que Dios nos sigue enviando a su viña, hasta que se puedan formar comunidades maduras que, a su vez, sigan con el anuncio del Evangelio;[5] es aquí donde nos damos cuenta de que el trabajo misionero no se limita a acompañar a las comunidades, sino que estamos comprometidos a crear, formar, acompañar y desarrollar, esto es, hacer madurar a las comunidades.

El trabajo misionero nos hace conscientes de la importancia de los seglares, para que juntos continuemos anunciando el Evangelio, pues ésta no es una tarea exclusiva del sacerdote, más aún, es un compromiso de todos como bautizados. Desde ese punto de vista, nos damos cuenta de la necesidad de contar con misioneros laicos, inclusive el Magisterio nos dice que necesitamos misioneros laicos nativos, que conocen su realidad, que nos ayudarán a entender mejor sus costumbres y nos impulsarán a hablar su idioma; ellos mismos transformarán su entorno a través del testimonio.[6] En este sentido, vemos la relevancia de su labor al anunciar en lugares donde es complicado para los consagrados,[7] pues ellos son la levadura en el entorno en el que se encuentran, con el fin de la santificación del mundo.[8]

Ahora bien, el documento *Antiquum Ministerium*, nos presenta una realidad que se ha vivido en la Iglesia, y que aquí en Mozambique sucedió después de la Independencia del país, cuando muchos misioneros fueron expulsados y las comunidades quedaron encargadas a los catequistas que mantuvieron la fe en esos momentos tan difíciles; hoy en día, en tiempos de pandemia, son estos catequistas y coordinadores de comunidades quienes efectúan las celebraciones fúnebres en muchos

[4] Pablo VI, *Lumen Gentium*, Constitución Dogmática sobre la Iglesia, 21 de noviembre de 1964, núm. 31.
[5] Cfr. *ibid.*, núm. 17.
[6] Juan Pablo II, *Christifideles Laici,* Exhortación Apostólica postsinodal sobre vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, 30 de diciembre de 1988, núm. 53.
[7] Cfr. *Lumen Gentium*, núm. 31.
[8] Cfr. Juan Pablo II, *ibid.,* núm. 15.

lugares donde no puede llegar el padre.[9] Al mismo tiempo, este documento nos hace reconocer la importancia de los laicos que trabajan incansablemente por la evangelización y la urgencia de su presencia en todos los ambientes sociales con un énfasis en la presencia entre la juventud.[10]

Formación de los laicos

Para transmitir el Evangelio es necesaria la formación y acompañamiento de los laicos, la cual debe ser integral, pues debe abarcar los aspectos psicoafectivo, espiritual, social y pastoral, entre otros.[11] El documento *Apostolicam Actuositatem*, incluso nos habla de una formación especializada para dialogar con creyentes y no creyentes.[12] Por eso tiene gran relevancia la función de los Centros de Formación para Agentes de Evangelización, pues éstos no sólo están proyectados a ser centros educativos, sino que, en una visión más amplia, vemos un centro que prepara laicos comprometidos con su vocación y con el compromiso misionero que adquirieron por el bautismo.[13] *Ecclesia in Africa* expone la importancia de la formación de los agentes de evangelización y, al hablar específicamente de los laicos, nos exhorta a dar una formación completa.[14] El segundo Sínodo para África también alude a la relevancia de los laicos y su colaboración para que la Iglesia se haga presente en

[9] No se puede olvidar a los innumerables laicos y laicas que han participado directamente en la difusión del Evangelio a través de la enseñanza catequística. Hombres y mujeres animados por una gran fe y auténticos testigos de santidad que, en algunos casos, fueron además fundadores de iglesias y llegaron incluso a dar su vida. También en nuestros días, muchos catequistas capaces y constantes están al frente de comunidades en diversas regiones y desempeñan una misión insustituible en la transmisión y profundización de la fe. La larga lista de beatos, santos y mártires catequistas, que ha marcado la misión de la Iglesia, merece ser conocida porque constituye una fuente fecunda no sólo para la catequesis, sino para toda la historia de la espiritualidad cristiana *Antiquum Ministerium,* núm. 3.

[10] Sin ningún menoscabo a la misión propia del obispo, que es la de ser el primer catequista en su Diócesis junto al presbiterio, con el que comparte la misma curia pastoral, y a la particular responsabilidad de los padres respecto de la formación cristiana de sus hijos (cfr. CIC c. 774 §2; CCEO c. 618), es necesario reconocer la presencia de laicos y laicas que, en virtud del propio bautismo, se sienten llamados a colaborar en el servicio de la catequesis (cfr. CIC c. 225; CCEO cc. 401. 406). En nuestros días, esta presencia es aún más urgente debido a la renovada conciencia de la evangelización en el mundo contemporáneo (cfr. Exhort. Ap. *Evangelii gaudium*, núms. 163-168), y a la imposición de una cultura globalizada (cfr. Carta enc. *Fratelli tutti*, núms. 100, 138), que reclama un auténtico encuentro con las jóvenes generaciones, sin olvidar la exigencia de metodologías e instrumentos creativos que hagan coherente el anuncio del Evangelio con la transformación misionera que la Iglesia ha emprendido. Fidelidad al pasado y responsabilidad por el presente son las condiciones indispensables para que la Iglesia pueda llevar a cabo su misión en el mundo *Antiquum Ministerium*, núm. 5.

[11] Cfr. Pablo VI, *Apostolicam Actuositatem*, decreto sobre el apostolado de los laicos, 18 de noviembre de 1965, núms. 29-30.

[12] Cfr. *ibid*., núm. 31.

[13] *Ibid*., núm. 32.

[14] Cfr. Juan Pablo II, *Ecclesia in Africa*, Exhortación Apostólica Postsinodal al Episcopado, a los Presbíteros y Diáconos, a los Religiosos y Religiosas y a todos los Fieles Laicos sobre la Iglesia en África y su Misión Evangelizadora hacia el Año 2000, 14 de septiembre de 1995, núm. 54.

el mundo y, al mismo tiempo, hace énfasis en el quehacer del laico, en la organización de las diócesis, escuelas y en los centros de formación.[15]

En Mozambique, la Iglesia cuenta con diversos Centros de Formación, intentando responder al compromiso de formar laicos. Son tres los más antiguos y que en un inicio compartían un programa especial para matrimonios catequistas, el primero de dichos centros fue el "Centro de Nazaré", el cual se ubica en la provincia de Sofala, Ciudad de Beira, al centro del país, el segundo es el "Centro de Anchilo", que se encuentra en la provincia de Nampula, en el Norte de Mozambique, y el tercero es el "Centro de Guiúa", localizado en la provincia de Inhambane, al sur del país. Todos tienen diferentes métodos y continúan formando laicos; sin embargo, como lo dije antes, resalta el método con el cual iniciaron los tres Centros de Formación y que aún se continúa usando en el "Centro de Guiúa", el cual consiste en que, durante la formación, las familias dejan sus casas durante dos años y viven en el centro para ser acompañadas; allí, aprenden la doctrina católica, sobre todo en materia bíblica y litúrgica, el método catequético y la practica pastoral, la formación moral cristiana, todo esto en un contexto inculturado.[16]

En la Diócesis de Chimoio se halla el "Centro de Formación Polivalente de Marera", el cual imparte formación a distintos grupos, de entre los que destacan los retiros de "Boas Maneiras"[17] y la Formación de Catequistas Permanentes.

Los Misioneros de Guadalupe contamos con el "Centro de Formación Chikweia" en la Parroquia de San Antonio de Machipanda, el cual es atendido por Misioneros Laicos Asociados a Misioneros de Guadalupe (MLA). El centro está dividido en tres vertientes pastorales, que son:

a. Internado femenino: lo conforman adolescentes de entre 12 y 15 años, el cual es atendido por los MLA. Aquí nos preocupamos por inculcarles los valores cristianos, al mismo tiempo que están estudiando la secundaria; por otro lado, es una manera de promocionar a la mujer, pues sabemos que aún es difícil para muchas familias africanas entender por qué darle educación a una hija.

[15] Cfr. Benedicto XVI, *Africae Munus,* Exhortación Apostólica Postsinodal al Episcopado, a los Presbíteros y Diáconos, a los Religiosos y Religiosas y a todos los Fieles Laicos sobre la Iglesia en África al Servicio de la Reconciliación, la Justicia y la Paz, 19 de noviembre de 2011, núms. 128-131.

[16] Centro de Promoção Humana de Guiúa, "*O Centro Catequetico do Guiúa*", https://www.centroguiua.com/cphg/index.php/cphg/identidade.html

[17] *Boas Maneiras* son los retiros que reciben los adolescentes y que han sustituido a los ritos de iniciación que son importantes para la cultura africana.

b. Escuela Comunitaria Secundaria Juan Pablo II: los MLA administran esta escuela y aprovechamos nuestra presencia para compartir los valores cristianos, tanto para los alumnos como para los profesores; el diálogo interreligioso está presente en nuestra escuela, pues recibimos alumnos de las iglesias que existen en la región.
c. Formación de Agentes de Evangelización: durante el año, se imparten cursos de formación a los grupos de la Iglesia. En los últimos años, se ha enfatizado la formación de los asesores de la infancia y adolescencia misionera y la formación de catequistas y coordinadores de nuestras parroquias. En este año, comenzamos un proyecto llamado Misioneros Laicos San Juan Diego, el cual tiene como objetivo despertar la conciencia de los laicos en su carácter de misioneros, colaboradores en la evangelización.

Conclusión

Considero que la "nueva normalidad" no sólo se limita a entenderla en el plano de la salud; por el contrario, al afectar nuestro entorno, nuestras comunidades, nuestra misión, también podemos hablar de una "nueva normalidad" en la evangelización, donde debemos buscar nuevos métodos para encontrarnos con los otros, y es importante que los laicos formen parte de esta misión, pues son fundamentales en el Cuerpo Místico de Cristo y, como lo dice *Apostolicam Actuositatem*, ningún miembro en un cuerpo "se comporta de forma meramente pasiva".[18]

Para ello, es primordial que los sacerdotes reflexionemos acerca de la importancia de los laicos en nuestra misión, más aún, que valoremos el esfuerzo de muchos de ellos por la construcción del reino. Por otro lado, debemos estar conscientes de que debemos formar, de una manera responsable y profunda, a nuestros laicos, pues sólo así entenderán su compromiso y participarán activamente.

El laico necesita hacerse consciente de su participación del oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo,[19] el cual adquirió en el momento de su bautismo, es por esto que la Iglesia debe brindar los medios y las herramientas para que los laicos puedan vivir su ser misionero. Requerimos

[18] *Apostolicam Actuositatem*, núm. 2.
[19] Cfr. *Christifideles Laici*, núm. 15.

que participen de forma activa en la misión: "en su matrimonio, familia, soltería, viudez, en la condición de enfermedad, así como en la actividad profesional y social".[20]

Referencias

Benedicto XVI, *Africae Munus*, Exhortación Apostólica Postsinodal al Episcopado, a los Presbíteros y Diáconos, a los Religiosos y Religiosas y a todos los Fieles Laicos sobre la Iglesia en África al Servicio de la Reconciliación, la Justicia y la Paz, 19 de noviembre de 2011.

Centro de Promoção Humana de Guiúa, "O Centro Catequetico do Guiúa", https://www.centroguiua.com/cphg/index.php/cphg/identidade.html

Couto Mia, "Historia do Macaco que salvou o peixe", en Soledad Puertolas, *Tierra Sonámbula,* 1 de octubre de 2000, revista *Nexos,* https://www.nexos.com.mx/?p=9798.

Francisco, *Antiquum Ministerium*, Carta Apostólica en forma *"Motu Proprio"* con la que se Constituye el Ministerio de Catequista, 10 de mayo de 2021.

Juan Pablo II, *Christifideles Laici,* Exhortación Apostolica Postsinodal sobre Vocación y Misión de los Laicos en la Iglesia y en el Mundo, 30 de diciembre de 1988.

Juan Pablo II, *Ecclesia in Africa,* Exhortación Apostólica Postsinodal al Episcopado, a los Presbíteros y Diáconos, a los Religiosos y Religiosas y a todos los Fieles Laicos sobre la Iglesia en África y su Misión Evangelizadora hacia el Año 2000, 14 de septiembre de 1995.

Pablo VI, *Apostolicam Actuositatem,* Decreto sobre el Apostolado de los Laicos, 18 de noviembre de 1965.

Pablo VI, *Lumen Gentium,* Constitución Dogmática sobre la Iglesia, 21 de noviembre de 1964.

[20] *Apostolicam Actuositatem,* núm. 5.



Misioneros de Guadalupe, AR

www.misionerosdeguadalupe.org



ISBN: 978-607-7865-12-4
9 786077 865124
MISIONEROS
DE GUADALUPE AR
Cantera 29 • Alcaldía Tlalpan • CP 14000
Ciudad de México • Tel. 55 5655 2691
www.misionerosdeguadalupe.org